



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuena, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrojo, Bueno, Brea, Brea de los Herreros (Manuel), Basco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campaño, Camis, Canal, Cas, Cañero, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chesto, (conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cusco, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarreta, Diaz (José María), Diaz Perez Duran, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.), Espin y Guillan, Estrada, Echegaray, Equilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabiá, Ferrer del Río Fernández y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Ferrin, Toro, Flores, Figueroa, Figueroa, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galesto de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Gual y Rente, Guelbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olaverria, Olaverria y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Oñaz, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pausal (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Riecro, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador del Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Voalera, Velez de Medrano, Veqá, (Venturá de L.), Vidart, Wilson (baronesa de) Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Cemborain y España, (D. Eugenio). A costa (D. Juan). Ribot y Fontera, R. Ortiz y Beneyto

## PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

## PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Noviembre de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, [acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2. duplicado.

## SUMARIO

Revista política, por Raguer.—El historiador Viciara, por José María Torres.—Tu recuerdo, por Pablo Terrón.—Washington, por Eusebio Asquerino.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—La educación, por Eusebio Asquerino.—El fundador del periodismo español, por Domingo Gascón.—Laura (continuación), por Miguel Martínez Franco.—Shakespeare, Lord Byron y Chateaubriand, por Manuel Lorenzo D'ayot.—Cosas del amor, por José Zahonero.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

## REVISTA POLÍTICA

La muerte del rey.—Dimisión del gobierno conservador.—El nuevo Gabinete.—La muerte del veterano de Alcolea.—Sentimiento de la nación por la muerte del defensor de la libertad.

El estado de D. Alfonso se agravó en la tarde del 24 hasta el punto de inspirar serios temores.

Y en la mañana del 25 ocurrió lo que todos preveíamos y el gobierno tenía tanto empeño en ocultar que el jefe del Estado entregó su alma al Creador.

\*\*\*

Inmediatamente el presidente del Consejo de ministros se trasladó al Pardo para presentar á la reina gobernadora su dimisión y la de todos sus compañeros de Gabinete.

Llegado que fué al real sitio, celebró una larga entrevista con doña Cristina rogándola resolviera en el acto el asunto, á fin de salir cuanto antes de la interinidad actual y proceder al acto de la jura de la regencia, no verificado aun en respeto al dolor que la aflige.

La reina contestó, que no estaba su ánimo

para ocuparse en la gestión de los negocios públicos; pero ante las reiteradas excitaciones del Sr. Cánovas, admitió las dimisiones y le pidió su consejo sobre lo que debía hacer.

—Dos soluciones—dijo el Sr. Cánovas—tiene V. M.; llamar al Sr. Sagasta, como yo creo que procede, ó dar encargo de constituir la nueva situación al general López Dominguez.

Después de esto, la reina pidió al Sr. Cánovas algunos pormenores relacionados con el asunto y luego de informarse, preguntó al señor Cánovas:

—¿Le parece á V. que mande llamar al señor Sagasta?

—Me pareco perfectamente—contestó el jefe del gobierno.

Hé aquí los términos en que está concebida la dimisión presentada á S. M. la reina gobernadora por el Sr. Cánovas del Castillo:

«El ministro presidente que suscribe abraza la profunda convicción de que á un nuevo reinado como el que comenzó ayer, le convienen ministros nuevos también, con quienes pueda realizar la política que V. M., en su alta sabiduría considere más provechosa para la nación.»

\*\*\*

Por fin se han realizado las esperanzas del partido fusionista tanto tiempo y con tanta mansedumbre alimentadas en la oposición.

Muerto D. Alfonso, la reina viuda llama á sus consejos al partido liberal, y el Sr. Sagasta, que ha jurado su cargo en el real palacio del Pardo, es ya presidente del Consejo de ministros.

¡Gran victoria para la opinión, gran victoria para el país!

La constitución del Gabinete fusionista es como sigue:

Presidencia, D. Práxedes Mateo Sagasta.

Gobernación, D. Venancio González.

Estado, D. Segismundo Moret.

Guerra, D. Joaquín Jovellar.

Gracia y Justicia, D. Manuel Alonso Martínez.

Hacienda, D. Juan Francisco Camacho.

Fomento, D. Eugenie Montero Rios.

Marina, D. José María Beránger.

Ultramar, D. Germán Gamazo.

Una de las primeras disposiciones del nuevo gobierno, será la de otorgar un amplio indulto á los periódicos y á los periodistas, mandando sobreseer todas las causas pendientes por dicho concepto, otorgando la libertad á los escritores que se encuentren cumpliendo condena ó en la emigración.

Si esto hacen los nuevos gobernantes merecerán bien de la opinión y del país.

Porque, creemos, que no lo olvidarán los fusionistas: no deben su elevación en modo alguno á las mayores ó menores simpatías que puedan haberse creado en las altas esferas, donde se cierne la regia prerrogativa; no lo deben á la respetabilidad del Sr. Sagasta, por nadie puesta en duda, pero tampoco tenida en tanto por ninguno, que pesara más por sí sola que antiguos lazos de gratitud y de cariño hacía los conservadores; menos aún la deben á su actitud en estos últimos tiempos, actitud equivocada sacrificada constantemente al ansia de obtener el mandato real, y no regida por ningún sistema ni subordinada á ninguna otra idea más alta; menos aún la deben á su conducta, cuando estalló el conflicto de las Carolinas, ni á sus impacencias de partido gubernamental alejado ind finidamente del gobierno ni á sus manifestaciones bulliciosas en torno al lecho en que yacía, aún caliente, el cadáver

de D. Alfonso, cuando ya el general Martínez Campos hacía presión con su presencia, para que se otorgase el poder á sus amigos.

No, los fusionistas deben su elevación al país, lo han obtenido en virtud de la fuerza incontrastable de la opinión que ha logrado imponerse á añejas prevenciones, á antiguos perjuicios. La necesidad tan sentida en estos últimos tiempos de una nueva política, política de ancha base que sustituyera á la que seguía con tan desastrosa fortuna el Gabinete anterior, ha obtenido por fin lo que pedía. Con el rey ha muerto la política conservadora, y otra más liberal, que dé más satisfacción á las aspiraciones liberales del país debe sustituirla. El mismo Cánovas lo conoce así cuando dice á la reina al presentar la dimisión de su cargo: «á un nuevo reinado le convienen ministros nuevos también.»

Abierto y despejado aparece con esto el camino que el nuevo Gabinete ha de recorrer, si ha de conservarse fiel á su origen, si ha de responder á lo que de él tienen derecho á exigir los que para llegar á donde hoy llega, le han dado su fuerza y su prestigio. Debe, ante todo, ser un gobierno liberal, pero liberal de veras, liberal por sus actos y no sólo por sus palabras. Si la experiencia ha enseñado al señor Sagasta, en estos momentos avivará en su memoria los recuerdos de su anterior período de gobierno, representándole de nuevo cómo cayó del poder, á donde, como ahora, le había llevado un movimiento unánime de la opinión, promotora principal de aquella célebre crisis apellidada del miedo por los mismos que para conjurar la catástrofe que presentían, no hallaron más recursos que transigir con la libertad que se imponía. Y esos recuerdos tan oportunamente despertados, le dirán que debe poner todo su empeño en no divorciarse del país como entonces se divorció, sacrificando á adulaciones cortesanas los principios de toda su vida, y a la conservación de un poder desprestigiado, su dignidad de gobierno y sus ideas de partido.

Entonces, en aquellos días de terrible desengaño, bajaron los fusionistas del poder despedidos por el rey, anatematizados por el país, hartos ya de contemplar sus traiciones á la libertad, sus complacencias indisculpables con la reacción. Aún nos parece asistir á aquella caída ignominiosa, aplaudida por todo el mundo, después del viaje á Alemania y la sublevación de Badajoz.

El arrepentimiento, que todo lo hace olvidar, lavó sus culpas. Luego, la coalición le dió más fuerzas que tuvo en sus épocas de apogeo. Y la coalición representaba grandes compromisos contraídos solemnemente, pactos formales, hechos bajo la salvaguardia del propio honor, y que eran reconocimiento expreso de todas las conquistas revolucionarias, otorgación á los demás partidos para vivir dentro de la legalidad común, sin abdicaciones vergonzosas, que si alguna vez están en los labios que pueden mentir, nunca brotan del corazón que ni se vende ni transige.

Los principios de la coalición triunfante; hé aquí lo que el Sr. Sagasta representa; hé aquí lo que debe ser.

Sus actos están determinados con anterioridad por los actos del Gabinete conservador. Simbolizando otra política, completamente distinta, otras habrán de ser sus disposiciones. ¿Cuáles? Las opuestas. Cánovas significaba la expansión para los carlistas; Sagasta debe significar la represión de los ultramontanos: Cánovas significaba la prensa amordazada, el pensamiento proscrito, el ágio y el negocio en apogeo, el aislamiento internacional; Sagasta debe significar la prensa libre, la moralidad administrativa, las buenas relaciones mantenidas con todas las potencias. Cánovas significaba la turbación en el país, la alarma continua, el odio y la venganza erigidos en sistemas de política; Sagasta debe significar la paz, la calma, el sosiego en los ánimos, la atracción y la tolerancia. Cánovas era la reacción; Sagasta debe ser la libertad.

¿Lo será? ¿Estará á la altura de su misión el nuevo Gabinete? ¿Cumplirá los compromi-

tos que voluntariamente contrajo en aquellos días hermosos de la coalición en que los santos principios de la democracia se infiltraban en todos los espíritus y parecían inspirar todos los pensamientos?

Mediten mucho los antiguos constitucionales, mediten mucho la gravedad de las circunstancias en que se les entrega el poder y la responsabilidad inmensa que contraen al aceptarlo. Si llenan fielmente y con lealtad el que debe ser su programa, pueden llenar la misión histórica que representan, y obtener la alabanza desinteresada de su conciencia. Si, por el contrario, faltan á lo que de ellos se espera, si se asustan de la libertad, y solicitados por la reacción, se dejan vencer de sus halagos, no sólo comprometerán su poder, sino que comprometerán algo que, hoy por hoy, debe importarles más que su mismo interés y más que su propia vida.

El país les mira, el país les observa, el país vá á juzgarle. ¡Ojalá cuando emita su fallo, no sea éste el duro veredicto con que castigan los pueblos á los políticos que le venden y le sacrifican en el altar de la adulación á las debilidades cortesanas!

..

En el número anterior de LA AMÉRICA dábamos cuenta de la muerte de uno de los héroes de la revolución de Setiembre, hoy tenemos que dar la triste nueva de la muerte del último de los personajes que simbolizaron aquella grandiosa revolución.

Cumplieron los tristes vaticinios; venció la enfermedad en la lucha que sostenía, con la naturaleza, y á su peso rindióse aquel espíritu firme y vigoroso que tantas veces fué dueño de los destinos de la patria.

El veterano de Alcolea, el general Serrano ha muerto.

Ha muerto y su muerte nos ha sorprendido.

Véase cómo da cuenta de este triste acontecimiento nuestro querido colega *El Progreso*:

«Aunque prevista desde hace mucho tiempo, siempre el deseo busca un rescucio á la esperanza, y tratándose de los grandes hombres, de los repúblicos ilustres á quienes se quería hacer inmortales, nunca, nunca ni en los instantes terribles en que la ciencia se declara impotente y deja al enfermo en brazos de Dios, ni en esas crisis supremas, pierde la fe. Cuando nada tiene que esperar de la medicina, confía en el milagro. Pero el milagro no puede nada cuando la medicina no surte el efecto apetecido, y la enfermedad inexorable hiere y mata. Y el ánimo abatido no alcanza más que á inclinarse ante el túmulo en que reposa la víctima ilustre, deplorando la gran desgracia que hiere al país.

»Porque desgracia es, y muy grande, la muerte del insigne general; pérdida valiosísima, que deja en las filas liberales un vacío difícil de llenar. Para nosotros, como para todos los que admiten la democracia como única ley de vida en los pueblos modernos, el duque de la Torre era el soldado de la libertad, cuya espada estuvo siempre pronta á salir en defensa de la patria; el vencedor ilustre de Alcolea, uno de los tres hombres en quien encarnó la Revolución de Setiembre.

»Los tres han muerto ya; los tres han desaparecido sucesivamente, cuando aún la libertad no estaba asegurada, cuando aún la patria necesitaba de ellos, cuando aún la semilla depositada en las entrañas de la madre tierra, no había dado el fruto apetecido.

»Pero sus esfuerzos no serán estériles en modo alguno. La semilla ha prendido, la semilla fructificará. Así como en el seno de la noche más oscura vagan efluvios de luz, que condensándose más tarde traen el día, así también en la turbación que hoy cubre nuestros espíritus, palpitan rayos de esperanza. No, la noche no es eterna; no, el eclipse de democracia tiene marcado su período. Y al término de la noche está la luz, y al término de la reacción la libertad.

»Para nosotros, el general Serrano era siempre el símbolo de esa eterna aspiración á

la libertad; cuando la creíamos en peligro, tornábamos á él la vista, y aún no hace mucho tiempo bastó que él dejase oír su voz en Biarritz, para que muchos que andaban extraviados, se agrupasen en torno á la bandera de la Constitución del 69, enarbolada valientemente por el duque. Para nosotros, era el dique natural de toda reacción, viejo el soldado de Alcolea, velando siempre, arma al brazo, por la conservación de la obra á cuya realización tanto había contribuido.

»¡Prim! ¡Serrano! ¡Topete! Estos tres hombres, fueron la Revolución. Ellos la dieron forma, la hicieron vencer en el campo de batalla, la aseguraron en el terreno de las leyes. Los tres han muerto ya. Todo lo que en ellos era mortal, perecedero, miserable, se ha hundido en la fosa, volviendo al polvo lo que del polvo era producto. Pero lo que había en ellos de grande y generoso, lo que no muere, lo que eternamente vive, está ahí, en ese Código inmortal, lábaro bendito de nuestra redención política enhiesto sobre el Gólgota de nuestros dolores.

»Hoy que Serrano acaba de morir, *El Progreso* llevará á su ataud una humilde corona, tributo pobre por su valor que es escaso, pero rico por el sentimiento que nos mueve. Es una débil muestra de la gratitud que todos los liberales debemos al ilustre general, al vencedor de Alcolea, que hizo triunfar la Revolución.»

Después de tan elocuentes palabras nada puede decir LA AMÉRICA que no resulte pálido.

*El Progreso*, al dar noticia de la muerte del duque de la Torre, hace resaltar la deuda inmensa que toda la España liberal tiene desde hace tiempo contraída con el que siempre estuvo dispuesto á desuadar su espada en defensa de los principios democráticos, con el que tantas veces puso su voluntad como infranqueable barrera al desbordamiento furioso de la ola reaccionaria.

..

El duque de la Torre ha muerto en circunstancias bien críticas para la patria, bien críticas para la libertad. Todavía las ideas generosas del progreso no están lo suficientemente arraigadas en nuestro suelo; todavía la libertad padece eclipses que apenas dejan percibir, envueltos en sombras, los pálidos resplandores de su luz; todavía la reacción se alza pujante en nuestras leyes; todavía el carlismo asoma su odiosa cabeza por entre los riscos, teatro en tantas ocasiones de sus criminales proezas; todavía puede darse el caso de que la democracia necesite aquella espada puesta constantemente á su servicio, aquella adhesión, aquel amor con que el duque de la Torre la defendió ayer, la defendía hoy y la hubiera seguido defendiendo.

De este convencimiento que se alza en todos los ánimos, y está en todos los pensamientos, nace también la convicción profunda y arraigada de que la muerte del general Serrano es una verdadera desgracia nacional, que viste colores de duelo á la patria.

RAGUER.

## EL HISTORIADOR VICIANA

ESTUDIO BIOGRÁFICO

I

Compañeros de armas del invicto Jaime I de Aragón, fueron—en la codiciada presa de Burreana—los ascendientes de Refael Marín de Viciana. Oriunda su familia del antiquísimo *Vicus Ausonensis* romano, del que tomó su apellido, y no de extranjera regía estirpe, según por mas enaltecerla supuso nuestro cronista, quedó radicada en aquella pintoresca y rica villa desde su conquista de poder de los sarracenos; y como nobles de la más calificada nobleza, fueron reputados siempre todos sus individuos.

Penúltimo vástago de la misma nuestro historiador, allí vino al mundo en el año de 1502. Su abuelo, D. Martín de Viciana, muy dado á las letras, pero mas diestro aun en

las armas, fué consejero del Rey D. Fernando el Católico y Portant-veces de general gobernador de este antiguo reino, desde el río de Uxó arriba, hacia las partes del Maestrazgo y Cataluña, de cuya demarcación era la capital ó cabeza Castellón de la Plana, donde, ejerciendo ya dicho cargo, le hallamos en el año 1482, en que ante el notario Jaime Martí, funda un beneficio en la Iglesia parroquial de Burriana, bajo la invocación de santa Ana, en el altar del mismo título, cuyo patronato deja á su hijo D. Rampston, y descendencia del mismo, y faltando ella á los parientes mas cercanos. Y se desprende que le tenía en mucho aprecio aquel monarca, porque el día mismo en que tomó á Granada—2 de Enero de 1492—le comunicó este fausto suceso por real carta fechada en aquella ciudad.

Establecido en Valencia el Tribunal de la Inquisición y perteneciendo á la regia corte los bienes que sufrían condena por delitos de herética y apostólica pravedad, fué confiscada á cierta bruja y hechicera una casa, en la calle de la Cruz Nueva, inmediata al hoy derruido convento de monjas Canonas de San Cristóbal. De ella hizo graciosa donación D. Fernando el Católico á su consejero y en un tris estubo de que no viniera al suelo á impulsos de la piqueta de los agermanados, por el odio que profesaban á todos los nobles y singularmente á D. Rampston de Viciana, hijo de D. Martín y tío de nuestro cronista.

Había sucedido el D. Rampston á su padre en el cargo de Portant-veces de gobernador en la Plana y no solamente logró mantener durante las alteraciones de la Germania, en la obediencia del rey á casi todas las poblaciones de su jurisdicción, si que además supo imponerse á las que mostraban sus simpatías por los que en armas se habían levantado y las paseaban triunfantes por toda la gobernación de Valencia. Designado luego por el Consejo para mandar una de las huestes que, organizada en Benicarló, había de unirse al ejército puesto á las ordenes de D. Alonso de Aragón, duque de Segorbe, salió á campaña en el año 1521, acreditando su valor en cuantos lances se ofrecieron, marcadamente en la célebre jornada en que quedaron derrotados los sediciosos sobre el campo de Murviedro. Los grandes servicios que prestó, valiéronle ser nombrado gobernador de ésta, entonces villa y su castillo, con facultad de retener el otro gobierno, aparte de los especiales honores con que le distinguió el virey D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito y los señalados que alcanzó del mismo emperador.

Tampoco anduvieron remisos en esta guerra D. Jaime Viciana, caudillo de las banderas de la Plana y de su capital, Castellón y don Martín de Viciana, hermano de D. Rampston y padre de nuestro cronista. Había sido el segundo, paje de D. Fernando el Católico; era caballero del hábito de Calatrava y por su lealtad y excelentes dotes quedó encargado del gobierno que ejercía su hermano—durante la ausencia del mismo—y de la defensa de la villa de Burriana.

En el año 1522 paso á Zaragoza, destinado como mayordomo al servicio de D. Fernando de Aragón, nieto del rey Católico, arzobispo que fué más adelante de aquella metropolitana sede; y en cierta conjuración que se fraguó en aquel reino, en que también andaba la mano de los alterados de la Germania, le mataron sacrilegamente dentro de la iglesia de Alcañiz, á tiempo que se celebraba la misa conventual, día de la Ascensión del Señor, por defender con heroico denuedo al citado D. Fernando, comendador que era entonces de dicha ciudad, perteneciente á la orden de Calatrava, quien mandó que se erigiese, en el castillo de la misma decorosa sepultura para los restos de su infortunado y leal servidor, en donde realmente fueron depósito.

Nuestro cronista, que á la sazón contaba veinte años, había emprendido desde niño los estudios en esta capital, teniendo por compañeros á otros jóvenes de las primeras familias; que luego fueron personajes de distinción, según él mismo nos lo refiere en la segunda

parte de su crónica, hablando de D. Juan Aguiló Roméu de Codinats, con estas palabras: «en las escuelas, donde le conocí, ya se levantaba con pensamientos altos y con un aseo y ser de persona de mucha calidad; y así luego que fué de más edad, hallándose sin padre y so potestad de tutor, se fué á Sevilla,» etcétera.

No consta justificado que Viciana tomase en esta Universidad literaria el grado de doctor en ambos derechos, como alguno de sus biógrafos escriben; antes bien, creemos que ni á la licenciatura debió optar, porque atendido su carácter, no es de presumir que hubiera callado esta circunstancia, cuando de todas las que podían favorecerle nos hizo puntual relación. Más no puede dudarse, en cambio, que dió muestras de precocidad de ingenio, y que desde su infancia leyo con aprovechamiento, cobrando decidida inclinación á los estudios históricos, pues á los quince años, en 27 de Setiembre de 1517, comenzó la primera parte de su crónica, y en componer las cuatro de que consta, pasáronse cuarenta y ocho y medio, hasta que dió terminada la cuarta en 16 de Marzo de 1566.

No entraremos á discutir el mayor ó menor mérito de esta obra, porque para poder formar exacto juicio sobre ella, preciso nos sería conocerla por completo. Su primera parte murió para siempre, por lo visto, apenas dada a luz, y ni el más leve fragmento se ha logrado salvar ó descubrir, según ocasión de exponer tendremos luego. Para escribir las tres restantes, Viciana, contemporáneo de Zurita, recurrió á las mismas fuentes que este. Inspeccionó los archivos públicos y particulares, y si bien la segunda parte de la crónica debe ser conceptuada como un tratado genealógico ó nobiliario de las familias de este antiguo reino, las noticias que nos da son todas ajustadas á los documentos que se le facilitaron, como acontece en la tercera parte al hablar de las ciudades, villas y pueblos, llamadas reales, que estaban incorporadas á la Corona. Consagrada la cuarta y última á relatar los sucesos acaecidos en este país, durante el levantamiento de los agermanados, de los que fué testigo presencial, si no escrita con absoluta imparcialidad, como algunos pretenden, hemos de convenir, abogando siempre por los fueros de la verdad, en que se ciñó á ella más que ningún otro, aun cuando no hubiera sido de extrañar que se mostrase algo parcial quien había perdido á su padre, inmolado por los sediciosos. Viciana, sin embargo, atendió más que á lo que su apasionamiento pudiera dictarle, á la resultancia de las piezas justificativas que tuvo á la vista, y que le proporcionó Francisco Sellés, secretario del virey D. Diego Hurtado de Mendoza, por mandado de éste, consistentes en el registro original de las cartas, provisiones y ordenes reservadas que se expidieron, para que con más verdad yo pudiera escribir esta historia, dice el propio Viciana en esta misma parte.

Vencida la Germania, es cuando nuestro cronista hubo de continuar sus estudios de Humanidades y oír, tal vez, algún curso de Derecho en esta escuela, prosiguiendo, á la par la composición de la obra que hemos mencionado, comenzada en Setiembre de 1517. Nada de positivo hemos podido inquirir tocante á este período de su vida, y sólo si nos consta que por la corte ó tribunal de la Gobernación de esta ciudad, á instancia de D. Sancho de Cardona, almirante de Aragón, marqués de Guadalest, se mandó en 21 de Noviembre de 1533 á Martín de Viciana, señor que se titulaba de Carabona, que no hiciese actos algunos convenientes á dicho lugar, situado en el término de Burriana.

Publicadas ya las cuatro partes de la crónica de Valencia, parece ser que los recursos económicos de Viciana iban más en menguante que en creciente, y que necesitó emplearse en algo para vivir con decoro. Así da margen á sospecharlo un acuerdo del Municipio de Nules tomado en 11 de Agosto de 1566, en virtud del cual, «como quiera que por el discreto Martín de Viciana, notario, se haya hecho

»cierta crónica, en la cual trata de la Germania que hubo en el presente reino, en la cual guerra la presente villa de Nules soportó muy grandes trabajos, por tener, como tuvo, asentado el campo en la misma, y por ello la alaba en gran manera, por haberlo hecho tan bien en favor de la magestad del Rey; y por cuanto el dicho Viciana ha sido nombrado Notario de los Jurados de la villa de Burriana, y es persona de mucha honra, que trabajará mucho para que haya paz entre la baronía de Nules y dicha villa de Burriana; por tanto, si le parecia al Consejo, podrá dársele algún aguinaldo por los trabajos que ha tenido en loar dicha villa, como igualmente por el mucho bien que puede causarnos; y así, todo el expresado Consejo fué de parecer que se le diese alguna cosa que fuese honesta» etcétera.

El acta de esta sesión, redactada en valenciano, que casi literalmente hemos traducido, nos certifica que Rafael Martín Viciana estaba ejerciendo el cargo de Notario en su villa natal, habiéndole elegido por suyo los jurados de la misma. Revela también que nuestro cronista gozaba de algún prestigio entre sus compatriotas, y por eso los de Nules aspiraban á ganarse su voluntad, con ánimo de que coadyuvara á la concordia de ambas villas, casi siempre enemistadas por la candente y perpetua cuestión sobre aguas de riego. Y parece oponerse al sentir de los que dijeron que Viciana se graduó de doctor en ambos derechos, porque no era lo regular en aquella época que el investido con tan honroso título descendiera al ejercicio de una profesión que, si en mucha estima tenida, nunca habilitaba para llegar á los altos cargos confiados á los primeros, ni llevaba consigo aquella anexa la calidad de noble, que por lo comun ganaba el graduado *in utroque jure*. Esto nos afirma más en la creencia de que Rafael Martín de Viciana, si acaso, estudió ó asistió á oír algún curso de Derecho en nuestra Universidad, pero no todos los que bastaban para el ejercicio de la abogacía.

Poco sabemos del último período de su vida ni menos hemos podido averiguar el año en que ocurrió su fallecimiento. Pruebas corregidas teníamos de estos apuntes cuando un feliz acaso nos deparó, sin buscarlos, datos inesperados que nos permiten asegurar alcanzó edad octogenaria. En un volumen manuscrito en el último tercio del siglo XVI y en el primero del XVII, sin nombre de autor, titulado *Fama póstuma de San Luis Bertrán*, que procedente de la librería del que fué Monasterio de Predicadores de esta ciudad, se conserva en su Biblioteca universitaria y provincial, dice, el que lo compuso,—en el artículo VII, que se refiere á los meses de Noviembre y Diciembre de 1581—pero más ó menos lo que sigue: «Martín de Viciana, historiador bien conocido, vivía en la villa de Burriana, su patria, al tiempo que murió en Valencia Fray Luis Bertrán. Luego que supo su bienaventurada muerte, se consoló con lo que debía consolarle todo católico valenciano, y fué, tener en defensa del reino de Valencia á más de las dos columnas de entrambos Vicentes, otra tercera que era el dicho Bertrán. Fué tan devoto mientras vivía, que deseando saber su tránsito y algunas de las muchas particularidades que le siguieron, mostrando señales de su santa vida y trasmigación á la eterna, escribió desde Burriana, con fecha 19 de Noviembre del mismo año (1581) al P. Maestro Fray Vicente Justiniano Antist pidiéndole que de ello le informara y le enviase alguna parte de la túnica, correa, zapato ú otra cosa de las que llevó el santo al tiempo que voló al cielo, pues no se daba por contento de tener dos cartas, escritas todas de manos del santo, que guardaba con amor y devoción. El mensajero que trajo la carta, le llevó un pedazo de escapulario del santo y la respuesta del Maestro Antist con fecha 21 del propio mes. Recibió Viciana la reliquia con gran gozo y estimación, pero diciéndole el P. Justiniano en su carta, que la prisa del portador, muchedumbre de excelencias que se descubrieron de

»la santidad en vida y muerte de Fray Luis  
»Bertran y ocupaciones propias, le impedían  
»que pudiera satisfacer su gran deseo de sa-  
»berlas por su boca, mas que en breve sacaría  
»á luz la historia con que á todos sería mani-  
»fiesta su santidad. Repitió Viciana segunda  
»epistola, fechada en Burriana á 25 del mismo  
»mes, en la cual, teniendo por cierto, decía,  
»que el Virey habría dado razon al Rey y este  
»al Papa, y el Patriarca D. Juan de Ribera á  
»ambos, de los portentos de la vida y muerte  
»del santo, y consideradas la facilidad con que  
»se podrian formar los procesos, como de cosas  
»notorias y cercanas, y la solicitud con que lo  
»procurarian los Jurados de Valencia, espera-  
»ba que juntos Virey, Patriarca y Jurados pu-  
»diesen abreviar mucho el curso de todo lo ne-  
»cesario para la Canonizacion. Y protesta de su  
»ansia en la edad octogenaria, por verle aun  
»canonizado para poder decir con el santo Si-  
»meon: *Nunc dimittis seruum tuum.*»

Cónstanos asimismo que Viciana cantrajo matrimonio, del que dejó un hijo llamado Mateo, que no obstante haber casado tres veces, no logró alcanzar sucesión. De él hemos visto testimonio de una información que promovió ante el gobernador de esta ciudad, librada por Juan Daza, notario de ella, en 12 de Abril de 1601, en la que se declara la nobleza de don Martín de Viciana, que le fué concedida por el rey D. Juan II de Aragón, con privilegio dado en Calatayud, á 28 de Setiembre 1461, y que firmó Carlos I en Monzón á 15 de Setiembre de 1542, en que dice que Cosme y Rafael Martín de Viciana (nuestro cronista) son nietos y descendientes de D. Martín de Viciana, gobernador de Castellón. Y en la sentencia pronunciada en dicha información, se añade que don Mateo de Viciana era legítimo hijo descendiente por línea masculina de dicho Martín de Viciana, sobrino de Rampston de Viciana, gobernadores respectivamente de la Plana, é hijo de Rafael Martín de Viciana; y que por tanto constaba que el citado Mateo era de linaje, parentela y prosapia de los Vicianas, y por consiguiente, caballero generoso de sangre y descendencia militar.

Mateo Viciana otorgó su último testamento en esta ciudad ante el notario Miguel Alavés, en 3 de Diciembre de 1625, instituyendo por heredera á Santa Ana de Burriana, y fundando una administración de más de dos mil libras valencianas (quince mil reales) de renta, para diferentes celebraciones y obras pias. Dejó administradores al vicario perpetuo y á un beneficiado del clero de dicha villa, y entre los bienes que la componían, se contaba la casa solar de sus mayores, donada en tiempo de la conquista por D. Jaime I á Rampston de Viciana: dos alquerías con sus tierras, denominada la una del Sall, en la que se fabricaba azúcar; y un censo, de capital de mil libras, que le respondía la villa.

Murió en Valencia, y conforme á su postrera voluntad fué conducido su cadáver á Burriana, y depositado en la sepultura de los suyos, erigida al lado del altar mayor, en la pieza de racionalato, sitio que antes de la reedificación de la Iglesia lo ocupaba la capilla de Santa Ana, del patronato de esta familia.

Al cabo de algunos años, dos caballeros de Jativa descendientes de doña María de Próxima y Valeriola, movieron pleito contra dicha administración por los dotes de sus mujeres, ganáronlo, y les fueron adjudicados todos los bienes á ella sujetos por Mateo de Viciana.

El manuscrito del que tomamos estos datos, cuya fecha incierta no podemos determinar, pero de letra que semeja ser de mediados del siglo próximo pasado, dice que *la casa solar de la familia de Viciana, es la que al presente poseen los herederos de José Gosalbo y Soler, ó sea la primera á mano izquierda, entrando por el portal de Valencia.* Pero hubiéramos fiado de las noticias de aquel anónimo documento, ni de él hiciéramos mención, á no resultar que el que los daba, callando su nombre, era merecedor de entero crédito. Hoy, gracias á la buena ventura que nos lo proporcionó, y á los mejores oficios del modesto cuanto ilustrado sacerdote D. Manuel Llanes

y Montull, natural de Burriana, hemos podido poner en claro, que la casa solar de los Vicianas, que en el siglo pasado poseía la familia de los Gosalbos, es la situada en la calle del Medio, núm. 2, de la expresada villa, propia actualmente de la viuda de D. Juan Bautista Gibernau. A este señor la vendió el barón de Terrateig, que entre sus apellidos lleva también el de *Gosalbo*, y el escudo de armas de los Vicianas que sobre la puerta de aquel edificio se ostentaba, fué retirado por dicho título, colocándolo en una almazara contigua á otra casa de su propiedad, puesta en la calle de la Merced, núm. 1, en donde al presente se muestra.

Pasando ahora al examen bibliográfico de las obras de Rafael Martín de Viciana, sabido es que además de las cuatro partes de la Crónica de Valencia, compuso también otra obrita titulada *Alabanzas de las lenguas hebrea, griega, latina, castellana y valenciana*, en cuarto, impresa en esta ciudad por Juan Navarro en 1574, dedicándola al ilustre Senado de la misma. Trata en ella del origen y excelencias de las lenguas castellana y valenciana y en la *Dedicatoria* pide al Senado «le perdone por haber vertido esta obra de valenciano en castellano: que por la misma causa (añade) hube de vertir la crónica de Valencia y el libro de la Nobleza é Hidalguía, Armas y Blassones y el libro de *Recreación de los días calurosos de Julio*, que después de haberlos copiado, en la versión de todos ellos tuve otro tanto trabajo solamente por hacerlos comunicables á otras muchas Provincias.» De lo cual se deduce que aparte de las obras referidas, produjo el libro *Recreación de los días calurosos de Julio*, del que memoria ninguna nos ha quedado; y que después de haberlas compuesto en valenciano, las vertió todas al castellano. Esto, que por una parte fué un bien, nos ha privado del gusto de poder aquilatar la pericia de nuestro cronista en el manejo de su nativa lengua, á pesar de que en la época en que escribió caminaba ella rápidamente á su decadencia, ó mejor dicho, había decaído casi del todo y sólo alguna que otra vez vino á dar señales de su literaria existencia. No es de suponer, por lo tanto, que Viciana la reanimase, dotándola de aquella exuberante vida, galanura y esplendor de que gozó en los siglos XIV, XV y principios del XVI, pero nos atrevemos á asegurar, sí, que de cualquier traza que hubiera escrito en valenciano, habríalo hecho mejor que en castellano. Y con decir esto ninguna ofensa creemos causarle; que él mismo hubo de reconocer sus faltas de lenguaje—quizás por habérselas criticado alguien, apenas publicadas las dos primeras partes de su Crónica—pues en el prólogo de la tercera, después de excusar los yerros que cometiera el impresor, añade: «La segunda falta será mia ó aquella en una de dos maneras. O en la lengua, que por ser yo valenciano no escriviere tan polido castellano qual se habla en Toledo, e quanto en esto merezco perdón: porque la lengua castellana es diligente entre si por tener los reynos diversos e espaciosos: e sino scrivo Toledado alomenos scrivo en todo Castellano e harto mejor que no fueron scritos los antiguos libros prodios Castellanos. Y el lector que en esto se pare á reprehenderme, será como los judíos por quien se dixo: *Litera occidit. Spiritus autem vivificat.* No se detenga pues (yo se lo ruego) el benigno lector en estas menudencias, que por advertir en ellas se desauierta delo que más importa sabe, y entender de la hystoria. Y la otra falta podría ser en la sentencia ó narraciones, y pues desde aquí confieso ser el menor de los scriptores, yo les ruego, que en pago de lo que hé trabajado en les dar halgo que les agrade, ó no haya sabido, me quieran en particular auisar de sus descuydos, que no pueden ser si no muchos para que me enmiende de ellos, que yo prometo de lo hazer, y agradecer al que me hiciere este beneficio.»

Los bibliógrafos extrañarán acaso que hayamos dicho no sernos posible apreciar el mérito de Viciana como escritor lemosin, siendo así que D. Justo Pasteur Fuster, en sus *Adi-*

*ciones y correcciones á las Bibliotecas de Rodríguez y Ximeno*, atribuye á nuestro cronista una traducción lemosina de la que hizo en latín de la *Económica de Aristóteles* Leonardo Aretino, ó por mejor decir un Comentario ó exposición de los libros de aquel gran filósofo, que tratan del régimen ó gobierno de la casa; y otra traducción, también lemosina, del *Libro de virtuosas costumbres* de Lucio Anneo Séneca. Estas noticias las comunicó á Fuster el ilustre valenciano D. Francisco Pérez Bayer, quien, en uso de sus viajes al Escorial, tropezó, en la Biblioteca de este famoso monasterio con un Códice que llevaba la siguiente marca: III D. jj. Ocasión de examinarlo hemos tenido nosotros también, y la carta valenciana que procede á la primera traducción—carta que no sólo puede citarse como modelo del género epistolar, si que como muestra de la más primorosa y elegante habla valenciana—nos convenció de que el Sr. Pérez Bayer, no obstante su grandísima erudición y delicada crítica se había equivocado. La lectura sola del epigrafe de aquella, abona nuestra opinión. Dice así: *Letra tramesas per lo noble Mossen Martí de Viciana, Governador en Regne de Valencia á la noble Doña Damiata muller sua, etc.* Da cuenta, en el texto el traductor á su esposa, de que llegado á la capital de su gobierno, eran muchos y grandes sus trabajos en los graves asuntos que le embargaban, señaladamente la persecución de bandoleros, de que el país estaba infestado, pero que robaba algunos momentos á su descanso de por la noche para dedicarlos á su discreta y ausente compañera, que, dotada de relevantes prendas, no vería mal, antes recibiría con grado, la traducción de la *Económica de Aristóteles*, en que tan buenas reglas se establecen para la acertada dirección y provechoso régimen de la casa.

Semejante carta, así como las traducciones arriba nombradas, son, sin que duda nos quepa, de D. Martín de Viciana, abuelo del cronista, paje y del Consejo que había sido el Rey Católico, *muy dado á las letras, pero más diestro aun en las armas*, según antes hemos dicho. No hubo otro de su familia y de su nombre y apellido, sino él, que fuese Portant—veces de general gobernador de la Plana, en propiedad. Ya podría objetarse que también ejerció el mismo cargo su hijo D. Martín de Viciana, caballero de la Orden de Calatrava; pero éste lo obtuvo delegadamente y por tampoco y azaroso tiempo, que no es de presumir le fuera dable llevar á cabo ambas versiones desde que se encargó de la gobernación de aquella provincia á mediados del año 1521 hasta que murió en Alcañiz á manos de los de la Germania en Mayo de 1522.

Y hecha esta aclaración, cuya oportunidad á juicio de nuestros lectores entregamos, pasemos á ver la suerte que en su impresión sufrieron las obras históricas de nuestro cronista.

Con sobrada razón asegura el Dr. Ximeno en el tomo I, folio 167 de su obra *Escritores del reino de Valencia*, que los libros de Viciana pueden contarse entre los raros del mundo literario, porque la experiencia acredita cuan pocas veces puede hallarse el libro ó parte III de la crónica de Valencia, y que es mucho más difícil algún fragmento de cualesquiera de las tres impresiones y aun de lograr la cuarta que de esta II parte se hicieron—según ocasión tendremos de decir—como también encontrar estampada la IV parte. Y lo que más admira es, que apareciendo—aunque muy de tarde en tarde—algún ejemplar de estos dos tomos, que padecieron extraordinaria persecución por la claridad con que hablaban y por no contentar á todos, no haya podido descubrirse ni aun indicio de donde exista la I parte de la crónica—manuscrita tan solo que fuese—en que trataba de la fundación y conquista de Valencia, y describía sus anales de próspera y adversa fortuna por más de trescientos años, siendo así que no se ofrecían en ella los motivos de contradicción ni animosidad que las otras suscitaban. Cuantas pesquisas para dar con la misma se han intentado han sido estériles, no obstante que el eruditísimo D. Gregorio Ma-

yans, con su extraordinaria actividad, y por el cargo tan á propósito que desempeñaba, empleó buena parte de sus afanes, para conseguirlo, llegando á prometer veinte y cinco doblones—son sus palabras—al que presentara un ejemplar. El P. Rodríguez y el Dr. Ximeno, en sus respectivas *Bibliotecas*—artículo de *Viciana*, confiesan que tampoco acertaron á verlo. El diligente D. Francisco Cerdá y Rico visitó casi todas las Bibliotecas de España, buscándolo, y pidió noticias á muchas de las de Europa, sin que en ninguna le fuera suministrada, y él no cejando en su empeño, dijo, en las notas al *Canto del Turia de La Diana* de Gil Polo, que la reimprimaría si alguno se le proporcionaba. Y el distinguido D. Francisco Xavier Borrull,—por demás apasionado á las obras de nuestro Viciana,—que alcanzó reunir la II, III y IV parte impresas, con más varios fragmentos de las distintas impresiones que de II y III se hicieron—dicha á él exclusivamente reservada—no pudo adquirir ni restos siquiera de la tan apetecida II.

Todo ello dió motivo á varios para pensar que esta nunca fuera estampada, creyendo algunos que Viciana tomó por tal la abreviada relación histórica que figura al frente de la colección de privilegios concedidos á Valencia por el rey D. Jaime I de Aragón y sus sucesores, titulada *Aureum opus*; y opinando otros—entre ellos el canónigo D. Vicente Blasco—que tampoco la había trabajado Viciana, dedicándose puramente á continuar la historia de Beuter á la cual reputaba como primera parte de la Crónica de Valencia y por II, III y IV las que el propio Viciana había compuesto. Pero unos y otros se equivocaron, y fuera de duda está que él trabajó la I parte y que realmente fué impresa.

Sobre lo primero, no hay que aducir más testigos que al mismo Rafael Martín de Viciana, el cual cita á menudo la historia compuesta por Beuter, distinguiéndola de su I parte y con hacer frecuentes remisiones á esta, demuestra que contenía ciertos capítulos y tratados de diversas cosas, que en la de Beuter no se encuentran.

Menos puede dudarse que se imprimiese la primera parte de la Crónica: lo uno porque habiéndose impreso las otras, había más razón para hacerlo en esta, que era la primera y ninguna susceptibilidad afectaba, como podía herirla en la segunda y cuarta: lo otro porque en el postrer capítulo de la última, hablando de todas, pide que se disimulen los yerros del impresor y corrector: y lo otro, porque en el frontis de la segunda parte, como en el de la tercera, se dice imprimirse «con Privilegio Real, según se contiene en la primera parte desta Chronyca.»

JOSÉ MARÍA TORRES

## TU RECUERDO

Aun me acuerdo; tu seno  
vi palpítaba,  
y al mirarme en tus ojos  
creí me amabas;  
¡eran tan negros  
como el dolor que siente  
ahora mi pecho!

Aun me acuerdo; en tu frente  
siempre serena  
dejaste un sólo beso  
que yo te diera;  
y fué tan dulce  
como amargo el recuerdo  
que mi alma sufre.

Aun me acuerdo; y tú, ingrata,  
todo lo olvidas,  
tus amores son rosas  
que se marchitan.  
¡Ay del que llega  
á aspirar el aroma  
que tú envenenas!

¿Por qué si tú no sientes  
finges amores?

¿Por qué en matar te afanas  
las ilusiones?  
No des martirio  
al que fé y esperanza  
aun no ha perdido.

Inútil es mi ruego,  
torpe mi lábio,  
de tal modo fascinan  
¡ay! tus engaños,  
que tus mentiras  
quisiera me engañasen  
toda la vida.

Y que el día llegara  
que entre tus brazos  
espirase estrechando  
tu blanca mano,  
y aunque fingida  
supiese que una lágrima  
por mí vertías.

PABLO TERRÓN.

## WASHINGTON

Este ilustre general, fundador de la república de los Estados Unidos, nació en Virginia en el año de 1632.

Jorge, este era su nombre, ejerció en su juventud la profesión de ingeniero agrónomo y sirvió después, como oficial de milicias, en la guerra contra los franceses en el Canadá, desde 1753 á 1763.

En ciento cincuenta años las colonias inglesas de la América del Norte habían alcanzado un alto grado de prosperidad, desarrollando su agricultura y su comercio; los productos de las Antillas eran objeto de cambio contra los de la metrópoli, las ciudades de Boston, Nueva York, Filadelfia, florecientes, despertaban los celos de Inglaterra.

Esta nación poderosa, para mantener la supremacía de su comercio y hacer toda concurrencia imposible, agobiaba á los colonos con reglamentos vejatorios, sin embargo de que votaban sus impuestos y elegían sus representantes en sus Asambleas.

A pesar de las protestas del gobierno británico, las colonias aplicaban el principio de la soberanía nacional sin que aquél pudiera impedirlo por la distancia, sobre todo en un tiempo en que no existía la navegación por el vapor.

Durante la guerra de siete años entre la Francia, la Inglaterra y la Prusia, los colonos americanos habían dado á la metrópoli 320 millones de reales, 25.000 soldados, 30.000 marineros y un número considerable de navios.

Por premio de tan inmensos sacrificios, lord Grenville propuso al Parlamento, y éste lo aprobó, que se les impusiera en provecho del fisco un papel timbrado con las armas de Inglaterra, que los colonos debían emplear en todos los actos oficiales.

Apareció entonces un folleto, rico de vigor y de elocuencia, obra de Jaime Otin, con el título *Los derechos de las colonias inglesas*, que alcanzó un éxito inmenso, en el que manifestaba que el pueblo, soberano legítimo, debía resistir y deponer á los depositarios del poder que abusaban de sus atribuciones.

La irritación fué general en América, las casas de los perceptores del impuesto fueron invadidas y quemadas todas las emisiones del papel timbrado, se constituyó la Asociación de los Hijos de la Libertad; por haber denominado así á los colonos el coronel Barré en el Parlamento.

La legislatura de Virginia fué disuelta, las colonias se concertaron, y en Octubre de 1765 se reunió en Nueva York un Congreso general, compuesto de los representantes de Virginia, Massachusetts, Nueva-Hampshire, Nueva-Jersey, Rhode-Islandia, Connecticut, Nueva-York, Pensilvania, Delaware, Maryland, Carolina del Norte y la del Sur, Georgia.

Los americanos decidieron rechazar los productos ingleses mientras no fuese revocado el *bill* sobre el timbre.

La interrupción de los negocios con Inglaterra produjo desastres y motines, que hicieron necesario un cambio de ministerio, y lord Chatam, ministro del nuevo Gabinete, defensor elocuente de las colonias, y subdelegado Benjamín Franklin, lograron que cesase de sus proyectos la Cámara de los Comunes, y fué imitada por la de los Lores en 1766.

La calma se restableció en América, la que acordó las indemnizaciones reclamadas por los distribuidores del papel timbrado.

En 1767 el canceller Townshend hizo votar á las Cámaras nuevos impuestos arbitrarios sobre el té, el vidrio, los colores y el papel, que excitó las anteriores hostilidades, las mujeres renunciaron á las sedas, á las cintas, á todas las elegancias que venían de la metrópoli.

Un nuevo ministerio, el de lord North, suprimió los impuestos de 1767, exceptuando el del té, pero las colonias no desistieron de su actitud hostil, y entonces el coronel Washington, muy conocido ya por sus servicios militares, se expresó de este modo: «¿De qué se trata? ¿Sobre qué disputamos? ¿Es sobre el pago de un impuesto de seis sús por libra de té, como muy pesado? No: es el derecho sólo que nosotros no admitimos.»

Sobre este punto fué unánime la opinión de los americanos, y es precisamente lo que constituyó la grandeza y el heroísmo de su resistencia.

El 16 de Diciembre de 1775, algunos habitantes de Boston, disfrazados de mohicanos, penetraron de improviso en los buques ingleses que acababan de llegar, y arrojaron al mar trescientas cuarenta cajas de té de la Compañía de las Indias, por un valor de dos millones de reales.

La Carta del Massachusetts fué abolida, el puerto y la ciudad de Boston bloqueados, el general Gage ejerció una verdadera dictadura, suspendiendo los privilegios de los Estados y de los particulares.

La Inglaterra no exigía una indemnización, sino la obediencia absoluta. Las colonias constituyeron otro Congreso general de sus representantes en Filadelfia, que se inauguró con la *Declaración de los derechos de los americanos*.

En Abril de 1775 los ingleses, habiendo querido apoderarse en Lexington de la persona de Samuel Adams, y en Concord de un depósito de armas, las tropas del general Smith fueron derrotadas por los americanos.

Estos, después de su victoria, aún protestaban de que no querían romper la unión secular que existía entre la América y la Gran Bretaña, pero que no podían aceptar las condiciones que les ofrecían, la servidumbre ó la muerte.

En vano lord Chatam, de concierto con Franklin, proponía á las Cámaras un *proyecto de reconciliación y de acuerdo nacional*, prevaleció la funesta política del rey Jorge III y del Parlamento, cegados por el orgullo, ordenaron al general Howe que con 55.000 hombres emprendiera activamente la guerra.

Entonces, consolidada la unión de las colonias, el Congreso decretó la creación de un papel-moneda, y confió el cuidado de organizar y dirigir un ejército central al coronel Washington, que se había distinguido en la guerra de los siete años.

Dotado de las más excelentes cualidades, de un raro buen sentido, de carácter enérgico y sereno á la vez, de un valor intrépido sobre el campo de batalla, poseía en supremo grado el don maravilloso de inspirar la adhesión y la confianza; de una grande rectitud y de una sencillez y modestia extrema, había conquistado, sin buscarla, una notable popularidad.

Miembro de la legislatura de Virginia, después del Congreso, él había ejercido en estas dos Asambleas, por el sólido conocimiento de las cosas y por un juicio sano, una influencia considerable. Así le califica uno de sus colegas, Patrick Henry.

Washington declaró públicamente que sólo aceptaría las difíciles funciones de general en

jefe de las tropas americanas, si el Congreso le ayudaba; él rehusó toda remuneración, reservándose el presentar solamente, después de la guerra la suma de los gastos hechos por el Estado.

El Congreso le prescribió únicamente de velar en que las libertades de América no recibieran detrimento.

Un comité compuesto de Franklin, de Jefferson, de Adams, de Sherman y de Livingston, redactó una declaración solemne de independencia, publicada el 4 de Julio de 1776.

Era la exposición llena de grandeza y sencillez de los derechos del hombre y del ciudadano, afirmando su igualdad y la soberanía del pueblo.

Los trece Estados se constituyeron en República federativa. El Congreso tuvo la dirección general de los negocios, el derecho de contratar empréstitos y de organizar la Marina y el Ejército.

La declaración de independencia fué dirigida al gobierno inglés y á todas las potencias de la Europa.

El 27 de Diciembre de 1776, Washington fué investido de un poder dictatorial.

Los proscritos de todos los países, nobles defensores de las razas oprimidas, polacos como el gran Kosciusko, el heroico La Fayette voló de Francia para derramar su sangre por el pueblo americano, y todos estos soldados errantes de las grandes causas vencidas en su patria, consagraron así en las cruzadas de la libertad la fraternidad de las naciones.

Francia, monárquica, aristocrática, feudal, católica, todavía imbuida del espíritu de los tiempos pasados, se lanzó á socorrer con millones y soldados á la joven República, protestante, americana, símbolo vivo del espíritu de los tiempos nuevos.

La Inglaterra fué vencida y despojada por sus faltas de un magnífico imperio, habiendo acrecido su deuda en dos mil quinientos millones, sacrificando cien mil hombres y ochenta navios de guerra.

Washington, después de haber vencido á Inglaterra, se retiró á la vida privada. El voto de sus conciudadanos le elevó á la presidencia de la Unión, apenas firmó la paz de Versalles y fué reconocida la independencia americana por la Gran Bretaña.

Dos veces reelegido presidente, fomentó la prosperidad del país. Fué considerada un duelo nacional la muerte de este insigne ciudadano, acaecida el 14 de Diciembre de 1799.

EUSEBIO ASQUERINO.

## EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

### CAPÍTULO IX

La crisis del Papado.—Fatales resultados de la unidad católica.—Noticias estadísticas.—El aislamiento del Papado.

#### I

Por cuanto hemos expuesto en los capítulos anteriores, comprenderá el lector que las corrientes de la época ahogarán la existencia de los Papas, hasta reducir su existencia á lo temporal. Lo exige así las necesidades de la época; lo imponen también, las corrientes democráticas que implantadas por los enciclopedistas franceses, toman cartas de naturaleza en todos los Códigos de los pueblos regidos por los principios modernos.

La crisis porque viene pasando el Papado desde mediados del siglo XVI, está llamada á imprimir en la Iglesia romana una faz distinta á la que presentaba desde los primeros tiempos del cristianismo. Falto ya de la fuerza moral el Papado, por su loca ambición y por sus pretensiones ridículas; sin aquel poder material que contaba en los tiempos de Pío IV, Gregorio VII y Leon X; sin los recursos pecunarios que reu-

nia cuando Pío V y Paulo III, el Papado decae en todas sus mayores grandezas, y al seguir en el camino que le ha colocado sus errores, perecerá muy pronto entre el indiferentismo de los unos y el aplauso de los otros. Su poder temporal, que ha sostenido sin causa que le justifique y contra todas las leyes del derecho social, tenía que sucumbir necesariamente en el siglo XIX, cuando los medios morales y materiales en que estaba apoyado le faltasen. Y lo peor para el Pontificado, después de su declaración dogmática en el último Concilio, es el aislamiento que le rodea y con este aislamiento, tarde ó temprano vendrá su muerte. No se puede romper impunemente con el espíritu de la sociedad, ni se puede tampoco aferrar en la negación cerrando los ojos á la luz, para desconocer cuanto pasa en los tiempos modernos. Y el Pontificado, que ha seguido una conducta tan insensata, ha de recoger muy pronto el fruto.

Por esto decimos nosotros que el Papado agoniza. Mañana pasará á la historia, para que en el gran libro sea juzgada su institución y se conozcan aquellos hombres que más fuerzas le dieron y que más prestigio le legaron.

Todos los filósofos, todos los pensadores afirman la opinión de que el Papado está muerto; pero algunos hombres que pretenden sostener lo contrario, que defienden lo antiguo, lo tradicional, lo absurdo, no se avienen á que se pierda la supremacía de la Iglesia romana y volvamos á los tiempos que precedieron á Estéban II, primer Pontífice, que olvidándose de la humildad en que siempre había vivido Jesucristo, elevó el Papado á las más altas distinciones, estendiendo sus poderes hasta á las cosas de esta vida.

#### II

Y es preciso, necesario, que el poder de los Papas caiga por su base, porque estamos en la época en que la justicia y la verdad comienzan á reinar, y la mentira y la superstición, en que se apoyaban los poderes tradicionales y absolutos, desaparecen entre las sombras de la ignorancia que vagan envueltas en su atonismo, como huyendo á la luz del progreso que ilumina los destinos de la humanidad en este último tercio del siglo XIX.

Tal vez se nos dirá por algunos que lloran al ver que se pierde lo pasado, que desapareciendo la supremacía de la Iglesia romana, con la muerte del Papado, se romperá la unidad católica, por la cual han suspirado eternamente los Papas y á donde iban encaminadas, para su conservación, las tendencias del Pontificado actual.

Pero, ¿á qué precio ha establecido el Papado la unidad religiosa? Al precio de mil persecuciones, de mil intrigas; sacrificando los pueblos, como hace aun con el español, haciéndole pagar lo que á ningún otro (1) de Europa.

Reprimiendo la libertad de los pueblos con una política maquiavélica.

Contrarrestando á los poderes que les eran hostiles por las armas, como en España y en Por-

(1) Para comprender mejor cuan excesivo ha sido y sigue siendo en España el presupuesto del culto y clero, basta saberse que todos los 71 obispos franceses perciben del Estado 150.000 reales menos que los 48 preladados españoles. Esta comparación es muy elocuente. El episcopado francés que se compone de 89 preladados, tiene una dotación fija de 5.860.000 reales. El episcopado español, compuesto de 57 preladados, tiene en cambio la de 5.370.000 reales, amen de una partida muy regular para gastos de visita y comida apostólica, de los que carece el obispado francés.

Los gastos del material del culto, que en Francia importan 12.516.000 reales, en España suben á 45.774.080 reales. (!!!)

Estas demostraciones quieren decir que la nación que tiene 21.000.000 de católicos más que España, da para gastos del culto 33.000.000 reales menos que España....

¡Y aun, todavía, en épocas de libertad y cuando mandaron los republicanos, al negarse el clero á jurar la Constitución no quiso el gobierno decretar la libertad de la Iglesia dentro del Estado libre!

¿Cómo si esta medida no fuese un medio eficaz para hacer desaparecer del presupuesto de gastos estas enormes partidas!

(Para comprobación de los anteriores datos, véanse los folios 189 y siguientes, del presupuesto francés para 1868, y los de igual fecha español.)

tugal, ó con la intriga y la diplomacia como en el resto del mundo.

Ahogando la conciencia de los mártires que morían en los calabozos de la Inquisición con amenazas y excomuniones.

Llevando el luto, la desolación y el mal estar á los pueblos, con expulsar de ellos á los que no creyesen en el Cristo.

¿Y á este precio, qué unidad ha conquistado? Triste nos es confesarlo; la unidad del silencio; la unidad del alistamiento; la unidad de la soledad; la unidad de la muerte.

En el siglo XIII casi toda Europa obedecía al poder de Roma.

Los mismos principes rendían culto y homenaje al Papa.

En el presente todo ha variado.

El Papa, solo, con los obispos que le quieren seguir, lucha y lucha en vano para sostener los restos de sus antepasados.

Haciendo un examen de las naciones que reconocen al Papa, y de los pueblos que han roto la unidad religiosa, podemos convencernos de ello. Entonces se verá que los jefes de Estados católicos que están con Roma son:

El rey de España.

El de Portugal.

El presidente de la República francesa.

El rey de Italia.

El de Baviera.

Los jefes de Estados que no reconocen el poder del Papa son:

El emperador de Rusia, cismático.

El de Turquía, mahometano.

La reina de Inglaterra, protestante.

El rey de Holanda, id.

El de Dinamarca, id.

El de Noruega, id.

El de Suecia, id.

El de Prusia, id.

El de Bélgica, id.

El de Wutemberg, id.

El de Sajonia, id.

El de Grecia, id.

El presidente de la República Helvética, id.

Tenemos en Europa cinco estados que reconocen al Papa y trece que no le obedecen.

#### III

Las naciones católicas donde hay libertad y tolerancia de cultos son Suiza, España, Portugal, Francia, Baviera é Italia, cuna del catolicismo.

Naciones intolerantes que sostengan la unidad religiosa: ninguna.

Respecto á las creencias de los pueblos en religión, la estadística nos enseña que de 1.488.000.000 de habitantes que cuenta el mundo, pertenecen:

A la raza del Cáucaso (Caucasiana).....	409.000.000
A la mongola (Mongol).....	252.000.000
A la americana (Nuevo-Mundo).....	100.000.000
A la malaya (Malaca).....	2.000.000
A la etiopía (Africa).....	190.000.000
A otras diversas.....	135.000.000

Los adeptos que cuenta en la actualidad las diferentes religiones conocidas, así como las varias sectas en que se dividen los que profesan el cristianismo, ofrecen las siguientes cifras:

Los bubhistas.....	400.000.000
Las cristianas.....	1.186.000.000
Los brahmistas.....	340.000.000
Los islamistas.....	360.000.000
Los fetequistas.....	20.000.000
Los judíos.....	6.000.000
Los hebreos.....	8.000.000

Estos están distribuidos del siguiente modo:

Estados Unidos.....	73.265
Gran Bretaña é Irlanda.....	42.000
Italia.....	25.000
Francia.....	49.439
Imperio alemán.....	512.158
Holanda.....	68.003
Austria.....	1.600.000
Rusia europea.....	2.612.179
Turquía.....	150.000
Rumanía.....	247.000
Marruecos.....	340.200

En Bélgica, Dinamarca, Suecia, Suiza y el Canadá hay relativamente pocos; en cada uno de

aqueellos países varía su número entre 1.500 y 1.700; en Asia existen 2.138.000. Muchas personas se sorprenderán de que en los Estados-Unidos no haya más que 73.300 hebreos, cuando se cree generalmente que hay muchos más. Se calcula en globo que la población hebrea del mundo alcanza la cifra de 15.000.000 pero existen razones para creer que no excede de ocho millones. Los dos países en que hay menos son Escocia y España.

El cristianismo, incluyendolas diferentes sectas conocidas bajo esta denominación, cuenta 1.180.000.000 de fieles y de estos solo ciento cuarenta y cinco millones son católicos apostólicos y romanos.

Las principales iglesias en que se dividen los que se llaman cristianos son éstas:

En el Oriente cuatro: griega, caldea, enthi-quiana y maronita.

En el Occidente catorce: anti-trinitarios, arrianos, socinianos, luteranos, zwinglistas, calvinistas, anabaptistas, anglicanos, presbiterianos, independentos (viejo-católicos), puritanos, cuáqueros, moravos y metodistas.

Existen fuera de la Iglesia de Roma, hoy por hoy, 1.035.000.000 de fieles que están, no obstante, dentro del cristianismo.

IV

Nada más elocuente para conocer la pequeñez á que está hoy reducido el Papado, que los datos anteriores, que tanto mortificaron á los neo-católicos.

En el siglo XIII la religión romana contó hasta con 1.000.000.000 de adeptos, con todos los reyes de Europa, que estaban sumidos al Pontificado, y con el fanatismo de todos los católicos que tenían al Papa por el rey del mundo.

Comparemos el pasado con el presente y entonces veremos al Papa en el aislamiento que siempre procede á la muerte de todas las grandes instituciones.

Y para justificar esta crisis, este estado de decadencia latente y gradual que devora al Papado, hasta saber que en lostiempos presentes y cuando Pío IX *el apóstata* abría el Concilio Ecu-ménico tenía lugar el siguiente hecho.

El obispo de Marsella hace suya la carta de Mr. Dupauloup, obispo de Orleans, juntamente con el obispo de París y con Mr. Rausches, donde se manifiestan las tendencias fatales de determinada escuela á exagerar los derechos y las prerrogativas del Papa.

El obispo de Poitiers, espera con calma las decisiones del Concilio, y contra los infalibilistas apoyará al Papa como Manning y Deshays, los más intransigentes católicos.

Los obispos de Alemania, después de algunas conferencias en Berlín, se negaron á asistir al Concilio, desoyendo la voz de Pío IX el apóstata que los llamaba á Roma, y el de Praga se retira también haciendo una solemne protesta.

Los de Oriente han protestado de toda variación que pueda introducirse en la Iglesia.

Los de Rusia no han acudido al Concilio.

Por encima de todos estos hechos está la protesta del P. Jacinto y del P. Gratry.

Era imponente la actitud de los preladados que no estaban con el ultramontanismo.

Mr. Spalding se opuso también á cuantos proyectos se presenten en el Concilio, favorables á las prerrogativas del Papado.

Sólo el episcopado español enmudece ante esta lucha que siguen los ultramontanos contra el espíritu del siglo. Este silencio que reina en los obispos españoles es el silencio de los sepulcros.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

## LA EDUCACION

Las bibliotecas populares

La creación de bibliotecas en las poblaciones que carecen de ellas, y la extensión de las

mismas en las capitales ó en las ciudades donde existan, es una necesidad social para sembrar gérmenes de instrucción y encender hogueras de educación en todas las villas de todas las provincias de España.

Estas instituciones, fundadas en el interés del pueblo, por modestas que sean en su origen, deben llamar la atención profunda de los hombres honrados amantes del bien público. Upers dice que son la primera institución de un país. Las repugnancias más inveteradas contra la instrucción del pueblo, comienzan á ceder ante la fuerza invencible que impulsa al espíritu humano en la vía majestuosa del progreso.

Todos los partidos y todas las opiniones no pueden menos de estar de acuerdo en reconocer que la ignorancia no es un beneficio para ninguno, y que ella puede ser un peligro para todos.

Los hombres previsores y de corazón generoso deben fundar, propagar y alentar las bibliotecas populares.

La instrucción se asemeja al vapor cuya fuerza impulsiva no es posible ser contenida por los más refractarios á este invento prodigioso, y conviene extraordinariamente el saber dirigirla bien para evitar los desastres más terribles.

Sin duda el ángel de la caridad tiende sus alas protectoras sobre las inmensas calamidades que afligen á nuestra desventurada patria, son socorridas en los medios posibles, aunque muy escasos por desgracia, las miserias físicas, se prstan auxilios á los que están enfermos, porque ante todo es preciso vivir.

Pero después de cumplir con tan benéficos y sagrados deberes para combatir la funesta epidemia que diezma nuestras provincias, exponemos nuestra tesis.

El cuerpo no constituye sólo al ser humano al hombre; y si el hombre es bueno ó malo, feliz ó desgraciado, ejercen la más eficaz influencia en su destino, su pensamiento y su alma.

Grandes miserias abruma al cuerpo, pero no es la menor la ignorancia, que es la miseria del alma.

Si profundiza nuestro pensamiento en el bajo y oscuro fondo de la sociedad, donde no penetra ninguna luz, extremece las fibras más delicadas de nuestra alma el mal genio que conduce á algunos hombres á la indiferencia del día siguiente, á la impresión de la ociosidad, al olvido de todos los deberes de la familia; á los vicios, á los malos pensamientos; y si á la ignorancia se une la perversidad, y las dos constituyen la presa de un hombre, no puede sorprendernos que ellas le precipiten en todos los abismos, en las cárceles, en los presidios y más lejos todavía.

La ignorancia impide el desarrollo de las facultades humanas, el fulgor de la inteligencia que, como una niebla, oculta á sus ojos las magnificencias de la historia de las ciencias y de las artes, todos los esplendores del mundo intelectual, que son los brillantes testimonios de la omnipotencia y de la sabiduría del Eterno, que se refleja en la conciencia de los grandes hombres, los guías que esclarecen á la humanidad en su marcha progresiva para realizar sus grandiosos y futuros destinos.

Es necesario hacer perseverantes esfuerzos para que los ignorantes puedan salir de las tinieblas, de la sombra, para ver la luz de la civilización.

En el estado actual de la sociedad, en que las carreras en todas las profesiones científicas, literarias, industriales, están abiertas para todos, no existe entre los hombres más que una diferencia: la de la educación.

Y esta educación es necesaria para moralizar la sociedad, porque el hombre que nada sabe se abandona á sus pasiones, mientras el hombre que sabe resiste más á su imperio.

Y cuando se vuelva á restablecer el sufragio universal, dogma del partido republicano, aceptado por el liberal y democrático-monárquico, cada uno será ciudadano con el mismo título, y debe conocer sus deberes y sus dere-

chos para ejercerlos y poder ser útil á él mismo y á la patria.

Le educación primaria y gratuita, y las para los adultos multiplicadas enseñanzas, así como las Bibliotecas populares, reunidos todos estos elementos, hay que comunicar á las gentes el gusto por la lectura.

Las Bibliotecas realizan este objeto y aun para los que no sepan leer y asistan á ellas, las lecturas en voz alta, alternando en este servicio humanitario, para propagar la instrucción, los más inteligentes y generosos ciudadanos, no puede ser estéril este pequeño sacrificio, que ha de redundar en beneficio del pueblo, así de los labriegos como de los artesanos.

Para establecer estos centros de educación hasta un modesto local y que algunas personas dotadas de buena voluntad y de mediana fortuna den libros, escasos en número al principio, y constituyan la Sociedad ó institución que proporcione los recursos más urgentes.

Franklin nos ofrece un ejemplo elocuente, digno de ser imitado.

Simple obrero, impresor, asociado con doce compañeros, hizo esta observación: «Si cada uno de nosotros tiene un volumen y lo trae en común, esto formará una Biblioteca de doce volúmenes para cada uno; contribuyamos con ciento, doscientos; cada uno de nosotros tendrá todos estos volúmenes á su disposición.

Era un beneficio tan patente, que la Biblioteca de Franklin fué fundada.

Y esta Biblioteca, establecida por un obrero y doce de sus compañeros, es hoy la grande Biblioteca de Filadelfia, que contiene más de 800.000, y quizás ascienda hoy á 1.000.000 de volúmenes; y otra Biblioteca de mercaderes de Nueva York cuenta hoy también con 70.000 volúmenes, 6.000 suscritores, y recibe cada año 200 revistas y cada día 180 periódicos.

Se han fundado en Francia estas Bibliotecas un siglo después de Franklin, y los primeros que concibieron esta idea en París fueron obreros M. Ginard, que era litógrafo, animado del mismo pensamiento que Franklin, alcanzó igual resultado.

M. Ginard hizo además para las Bibliotecas populares un libro de contabilidad, que se recomienda como una verdadera obra maestra de sencillez.

En 1862 se estableció la Sociedad Franklin con el objeto de estimular, auxiliar, la fundación de Bibliotecas populares, que ascendieron á más de 200, remitiéndolas dinero y libros.

Otra sociedad la de Molhouse, era una escuela gratuita de dibujo de máquinas, una academia de pintura, un museo industrial, otra de historia natural y una Biblioteca industrial que contenía 3.000 obras, y dió á leer en un año, á 1.800 personas, 8.300 volúmenes.

Las Bibliotecas populares se han extendido de un modo extraordinario, desde la consolidación de la República.

En Bélgica las creó el ministro del Interior, Vandenpeereboom, independientes del Estado sometidas á los municipios, para pagar el conocimiento de la Historia nacional, de la Constitución y de las leyes fundamentales.

En Inglaterra, Alemania, Bélgica y Francia, hoy han sido constituidas por las asociaciones de los ciudadanos.

El honor de la creación de Bibliotecas escolares en nuestra patria corresponde de derecho al que era ministro de Fomento en el año 1869, á D. Manuel Ruiz Zorrilla.

La Memoria publicadas en 1870 por nuestro distinguido amigo, el Sr. Picatoste, contiene los datos más luminosos sobre las Bibliotecas escolares, y las populares establecidas después.

El Sr. Picatoste era jefe del primer negociado de Instrucción pública.

Las Bibliotecas populares ascendían á 150, y 70 ciudades y villas solicitaron el obtenerlas. Los donativos de las obras destinadas á las Bibliotecas, formaban un total de 23.163 obras, 24.423 volúmenes, 2.455 hojas.

Esta es una gloria del Sr. Zorrilla, y co-

rresponde á los buenos patricios el deber fecundo de multiplicar las Bibliotecas populares.

EUSEBIO ASQUERINO.

## EL FUNDADOR DEL PERIODISMO ESPAÑOL

### II

En el artículo publicado en el número anterior de esta *Revista* creo haber demostrado que el insigne turoense D. Juan Martínez Salafraña, fué el fundador del periodismo español.

Aunque sólo sea á título de curiosidad, paréceme esta ocasión oportuna para dedicar algunas líneas al primero de los periódicos españoles.

Apareció el primer tomo del *Diario de los Literatos de España* en Abril de 1737. He dicho el primer tomo, y no el primer número, porque debe suponerse que se publicaba por cuadernos ó tomos trimestrales, y no diariamente, como pudiera suponerse.

Cada tomo comprende la crítica de las obras literarias que se imprimieron en el trimestre anterior. Así, por ejemplo, el tomo I comprende las publicaciones de los meses de Enero, Febrero y Marzo del mencionado año de 1737.

La publicación del *Diario de los Literatos de España* terminó en el tercer trimestre de 1738 no pasando, por consiguiente, la colección del tomo VII. Es, pues, inexacto que se publicara durante cinco ó siete años, según aseguran algunos escritores, pudiendo provenir este error de dos causas: la primera el suponer que cada tomo corresponde á un año, y la otra el aparecer impreso el tomo VII en el año de 1742. Esto consiste en que se hicieron varias reimpresiones haciendo uso de la especial autorización concedida por el rey á sus autores, para que pudieran hacer reimpresiones durante diez años.

Aunque el periódico no apareció hasta el año 1737, conste que el iniciador Sr. D. Juan Martínez Salafraña, perseguía ese pensamiento de algunos años atrás.

Aun á trueque de alargar este escrito, no puedo resistir la tentación de copiar íntegro un largo párrafo de la introducción del tomo VII.

Al hablar de las causas que habían aconsejado la publicación del *Diario*, se dice entre otras cosas:

«Porque no se juzguen temeridad de hombres ambiciosos, ni maligna sugestión de genios mordaces, el emprender una obra tan ocasionada, representamos la orden de su majestad, que en el año 1723, en 6 de Febrero, se remitió á D. Juan Ferreras para que dijese su parecer acerca de un papel en que se le proponía á S. M. como muy conveniente, que sus Bibliotecas trabajasen dos resúmenes de cada uno de los libros que saliesen, para remitirlos á las Academias de París y Trevoux, en cuyos *Jornales* ó *Diarios* solamente se dejaban de poner los libros de España, escusándose los *Jornalistas* con que no les avisaban como de otras cortes y ciudades, de los libros nuevos. Y siendo tan prudente consecuencia que mucho más sería del agrado de S. M. componer un *Diario*, de los libros solos de España, que ponerlos éstos por apéndice de otros *Jornales*, estaba bien notoria la intención de complacer á S. M. dilatando nuestro celo á conseguir el defecto, por lo cual respondió el Sr. Ferreras, que era inútil enviar dichos extractos á las referidas Academias, porque en nuestros libros españoles los que constaba haber salido en este siglo, por el índice de la Real Biblioteca, no se hallaba cosa singular, ni invención, ni descubrimiento nuevo, por lo que, habiéndose remitido algunas memorias de los libros de España, no quisieron los padres de Trevoux publicar en su *Jornal* sino el título de algunos, porque su instituto era informar á la Europa de los adelantamientos en las Artes y Ciencias, y no habiendo novedad considerable

y en los libros que se imprimen en España, no han querido hacer memoria de ellos.

Y por lo que pudiera resultar de esta respuesta á S. M., se excusó con que estaba concluyendo la Historia de España, y á los demás bibliotecarios, con que estaban ocupados en dar, y recojer libros, y fuera de esto, no habían hecho profesión de todas las materias que se ofrecen en un *Diario*. «Y si fué falso el informe del Sr. Ferreras, lo que de ningún modo pronunciaremos, por el gran concepto en que le tenemos, y el verdadero afecto que á un difunto le profesamos, síguese que en España se han escrito libros muy dignos de ser conocidos y celebrados, con que, ó porque no se les defraude de la estimación que merecen de los extranjeros y nacionales, ó porque se destruya esta mala educación con que se ha llegado á un estado tan infeliz, que no hay libros dignos de la atención y memoria de otros *Diarios*, era necesario el presente para cualquiera de los dos extremos, sin que quede lugar á la duda, si no es de si era, ó no, tolerable nuestra insuficiencia, lo que pertenecía á un prudente y sabio ministro, que bien informado de los eruditos del Reino, escogiese los más proporcionados, y nombrase un director de más ciencia que autoridad, el cual respondiese por los más sobresalientes defectos de las censuras, y se encargase de solicitar el socorro preciso para la subsistencia de los *Jornalistas*, en la misma forma que se estableció en Francia.»

Los autores del *Diario de los Literatos de España* fueron como tengo dicho: D. Francisco Manuel de Huerta, D. Juan Martínez Salafraña y D. Leopoldo Jerónimo Puig. Los nombres de estos tres varones aparecen al pie del Memorial, dirigido á Felipe V., pidiéndole venia para la realización de su propósito. Debe suponerse que D. Francisco Manuel de Huerta se retiró muy pronto de las tareas periodísticas, pues sólo se ve su nombre al frente de los tomos I, II y III. En los restantes firman sólo los señores Salafraña y Puig.

Escritores de aquella época, al hablar de este periódico, mencionan únicamente como sus autores á los dos últimos.

Se ha dicho también que el *Diario de los Literatos* estaba subvencionado por el Rey, y sobre este punto importante, se me ofrecen dudas muy fundadas.

De la lectura de los seis primeros tomos nada se desprende que confirme esa afirmación. Al frente del VII, y último por cierto, aparece una dedicatoria en honor de D. José del Campillo y Cossío, que comienza con las siguientes palabras:

«Al generoso espíritu de V. E. debemos el honor de que S. M. nos mandase continuar á sus Reales expensas el *Diario de los Literatos de España*, y deseando poner el fruto de nuestra obediencia á sus Reales piés, ni debemos elegir otra mano que aquella por donde logramos sus liberalidades, ni podemos encontrar otra más recomendable para S. M., ni deseamos otra alguna, porque siendo la de V. E. de una persona á quien con verdadera fe veneramos, especialmente por su talento y erudición, nos libramos con el carácter de ella de la violenta solicitud de ídolos insensatos y de la mendiga costumbre de mentir virtudes en el Mecenas y fingir obligaciones en el autor.»

De aquí se desprende que la subvención fué dada para continuar la publicación desde el tomo VII, y que, no obstante ese auxilio, ó lo que es más probable, porque esto privaba á los periodistas de la libertad necesaria para emitir sus juicios críticos, lo cierto es que el *Diario* no pasó del tomo VII.

De los rectos y por todo extremo patrióticos deseos que impulsaban á sus autores para la fundación del *Diario*, se debe juzgar por algunos párrafos de lo que pudiéramos llamar su programa ó introducción al tomo I.

«No ha faltado quien nos indujera á lisonjear todo género de autores, ni quien nos provocase á irritar con un riguroso juicio á todo escritor; pero cuando la prudencia no nos hubiera contenido en los términos de la justicia, el ejemplo de los extranjeros nos hubiera guiado al grado conveniente para el principio y

continuación de este *Diario* que gobernaremos y sujetaremos con las siguientes leyes, si no fuera más poderosa la envidia para sofocarlo en su nacimiento que nuestra aplicación y tolerancia para mantenerlo en el decoro que debe llegar á las naciones de Europa, y con la utilidad y respeto que se debe á nuestra patria.

»Contendrá este *Diario* los extractos (críticos) de los libros de España que vayan saliendo al público de tres en tres meses, y por cuanto no todos los trimestres habrá libros suficientes para llenar un volumen como éste, se irán entremetiendo extractos por su orden de los que salieron desde el principio del reinado de nuestro Monarca *Philipo V* (q. D. g.) y concluidos éstos se pondrán en su lugar extractos de los mejores libros extranjeros, pero en todo tiempo se pondrán las noticias literarias de todos los reinos literarios, para cuyo efecto hay correspondencia establecida con personas sabias y poderosas que facilitará la comunicación y puntualidad.

»Comprenderá también este *Diario* todas las novedades de las letras, como son la muerte de una persona literata que se hizo distinguir por su ciencia, por sus escritos impresos ó manuscritos, si nos constase legítimamente de ellos, suponiendo, para este fin, que la lealtad y el amor de sus amigos y parientes ayudaran con las noticias necesarias y oportunas para informar al público de sus ocupaciones principales y de las acciones más memorables de su vida, y para perpetuar el reconocimiento que se le debe á sus tareas y enseñanza. Y si acaecieran la fundación ó mutación de alguna academia, colegio ó Universidad, ó algunas diferencias entre los sabios de que pueda recibir el público alguna utilidad ó merecer lugar en la Historia, se procurará comunicar en la mejor forma que pudiesen nuestras diligencias, favorecidas de las personas que se hiciesen cargo de la protección que necesita el celo de nuestras estudiosas tareas.

»Nos proponemos, ante todas cosas, como ley inviolable, proceder con toda imparcialidad en exponer las diferencias que hubiese entre los hombres de letras, pues sin hacernos parciales ni de uno ni de otro partido, informaremos sencillamente de las opiniones y doctrinas que se alegasen por una y otra parte, sin tomar partido alguno en semejantes controversias.

»Debemos prevenir que no podremos observar la dicha indiferencia en las materias que se opusiesen á la religión, á las buenas costumbres ó al Estado, porque por ser obligación de católica fe, decencia y lealtad que profesamos, es costumbre en los *Jornalistas* que profesan nuestras mismas leyes.

»Se incluirán también en este *Diario* cualesquiera tratados, proyectos, memorias ó disertaciones manuscritas que sus autores quisiesen comunicar al público para asegurarse de la aceptación que les merecen á los poetas, ó para beneficio común, y pedir noticias á los que les pudiesen coadyuvar en sus trabajos literarios.

»Omitiremos dar noticias de aquellos libros que no conducen en manera alguna al adelantamiento de las artes y ciencias, colocándolos en el catálogo de los libros que no se extracten (crítican), previniendo que no reputamos por inútiles aquellos de quienes no se hace memoria, porque sucederá que en algunas ciudades de España se publicarán algunos libros que no llegarán tan pronto á nuestra noticia, pero siempre que la logremos, la comunicaremos al público.

»Deseamos también se nos comuniquen los dictámenes ó economías que pareciesen á los literarios juicios, conducentes al establecimiento y mayor seguridad, utilidad pública y crédito de nuestra nación, en cuyo obsequio sacrificamos todos nuestros desvelos, en la fe de que la rectitud de estos inocentes pensamientos, estará precisamente expuesta á los insultos de la presunción y de la ignorancia.»

Esto se proponían los autores del *Diario de los Literatos de España* y esto cumplieron de una manera superior á todo elogio, no sin arrostrar todo género de dificultades, como se

deduce del siguiente párrafo, copiado de la introducción del tomo VII.

«Tanto hemos tenido que trabajar para la defensa como para la misma obra: pudiendo, asegurar, sin ponderación, que la comenzamos y continuamos como los muros de Jerusalén en tiempo de Nehemias, fabricando con la espada en una mano y los instrumentos en la otra.»

El primer artículo de crítica literaria, escrito por los redactores del *Diario*, corresponde á la obra titulada *Filosofía racional, natural, metafísica y moral*, escrita por el Dr. Juan Bautista Berni, presbítero, y el primer autor que se creyó lastimado por la crítica que se hizo de sus obras fué el reverendo padre fray Jacinto Segura, por la que se hizo de su libro titulado *Norte crítico para la Historia*. El padre Segura escribió un folleto procurando sincerarse de los cargos y acusaciones que se le hacían, pero los redactores del *Diario* contestaron á ese folleto de una manera muy cumplida, demostrando la justicia de sus censuras.

En una de esas defensas contra los malos autores, se lee el siguiente párrafo:

«De nosotros informa tan falsamente que á Salafraña le hace natural de Murcia, siendo evidente á innumerables gentes que es aragonés, nacido y criado en Teruel, y Racionero de la iglesia parroquial y patrimonial de San Pedro.»

Aunque con la salvedad de que es de autor anónimo, publican en el tomo VII una sátira contra los malos escritores, que termina así:

De aquí adelante pienso desquitarme;  
Tengo de hablar, y caiga el que cayere;  
En vano detenerme y predicarme.  
Y si acaso tú ú otro me dijese  
Que soy semipagano y corta palas,  
Y que este empeño más personas quiere,  
Sabe, Selio, que en esta cata y laca  
La furia que me impele y que me ciega,  
Es la que el desempeño más señala.  
Que aunque es mi musa principiante y lega  
Para escribir contra hombres tan perversos,  
Si la naturaleza me lo niega,  
La misma indignación me hará hacer versos.

Para terminar estos apuntes, quiero copiar un soneto, con el que se da fin al prólogo del tomo VI, y que, sin duda alguna, es obra de Salafraña:

## SONETO

¿Qué pretendes, generación impura,  
Viles moscas del mundo literario?  
¿Al *Diario* embestís! Pues el *Diario*  
¿Es gargajo, pastel ó matadura?  
¿Es ya carne podrida por ventura,  
Que guisaron doctor y boticario?  
No; que aunque toca cierto campanario  
A muerto, el sacristán engaña al cura.  
Vive el *Diario* con salud constante,  
Comitre de galeras de la imprenta  
Y alguacil contra libros llagabundos.  
¡Oh, sacro Apolo! tú, si eres amante  
De las musas de España, siempre ahuyenta  
De su cuerpo animales tan inmundos.

DOMINGO GASCÓN.

## LAURA

## BOCETO LITERARIO

## Conclusión.

Reasumid la vida de la mujer, y la hallaréis explicada con una sola palabra, amo: en la infancia, amó á sus padres; en la juventud, amó á su esposo; en la vejez, amó á sus hijos....

R. de Satorres

¡Lloras?—me dijo Laurita.

—No, hija mía.

—¡Oh, sí, No me engañas.

—Es que el sol hiere mi vista y me hace saltar las lágrimas.

—No; estás malo, pero mamá te curará ¡Es muy sabia y te quiere mucho.

—Estoy bueno, hija.

—Es que si estás enfermo no quiero que me lo ocultes; me estaría contigo.

—Dime Laurita, y tu papá Alfredo, ¿cómo es que no sale nunca con mamá, ni contigo.

—Porque se murió el año pasado en los Estados Unidos.

—Y tú te acuerdas.

—Ya lo creo, como que el día que murió le pego á mamá muy fuerte.

—¡Infame!

—Eso le decía mamá ¡infame! y él entonces la pegaba más.

—¿Y de qué murió?

—De congestión.

Mira, Laurita, mañana hablaremos más largo, porque tengo mucho qué hacer: por la tarde me marchó á Madrid, y quiero zanjar una porción de asuntos antes de partir.

—¡Ay! Yo no quisiera que te fueras, eres tan bueno, y mamá, se pone tan contenta cuando le digo que me besas mucho.

—Es preciso que me marche. ¿Te vendrás tú conmigo?

—Si viniera mamá, sí. Mira, ¿por qué no te casas con mamá, y así siempre estaríamos juntos y me comprarías muchos juguetes?

—Eso no puede ser.

¿Por qué?

—Por... que soy casado.

—¡Qué lastima!

—Con que dame un beso y hasta mañana, que vendré á despedirme de tí y á darte una cosa para que te acuerdes siempre de mí.

—¡Y para mamá?

—También. Vaya, adios.

—¡Y te vas sin darme un beso?

—No, angel mío, uno; y cien, que bien te los mereces.

—Vaya, hasta mañana, Alberto, y que no te se olvide el recuerdo.

—No, descuida. Hasta mañana.

Aquella misma tarde hice mi testamento; lego un millón de reales á Laurita, á quien reconoceré antes de mi muerte, y otro á un sor padre, y sin despedirme, tomé el tren; mas hube de detenerme en Vitoria, donde enfermo de cuerpo y alma he permanecido quince días. Hoy he tomado de nuevo el tren, y voy á entregar á su padre la parte de herencia que le pertenece y á encargarle ponga en posesión de la otra á Laura.

—Pero, ¿y V.?—me atreví á interrogarle.

—¡Yo!—me respondió—estoy loco; la tisis me consume, y en una casa de dementes pienso terminar mis días. Ahora ruego á usted me permita descansar; he hablado demasiado, estoy rendido.

Y como para confirmar sus palabras, lanzó una carejada, abrió una ventanilla del wagón y á la luz de la luna pude ver con horror que vertía un raudal de sangre por su boca.

Inútil fué cuanto se hizo por disuadir á Alberto, y fué preciso llevarlo á Leganés, donde su amigo Carlos estaba de director.

El cuarto de mi desgraciado amigo era una verdadera joya; magníficos cuadros cubrían las paredes, en uno de sus extremos un grandioso piano de Erard se hallaba escrupulosamente cuidado por él mismo; obras de los mejores autores antiguos y modernos se hallaban encerradas en un precioso armario de nogal; una cama de hierro ocupaba uno de los rincones, y en el lienzo donde se apoyaba la cabecera de ésta había un cuadro, en el que, á través de un cristal, se veía una roja camelia marchita, un caballo negro cual el ébano y un pequeño papel con esta fecha: «13 de Febrero.»

Las Hermanas de la Caridad le acompañaban con frecuencia, é imploraban la suya en favor de los pobres; todas ellas inspiraban á López un respeto sin límites, pero por la que sentía verdadera veneración era por una que, cubierto su rostro por un espeso velo negro, atendía con especial cuidado al pobre loco; tocaba al piano, y siempre le rogaba ejecutase alguna melodía de Schuber; cuando la terminaba, las lágrimas corrían por sus mejillas y, con acento que llegaba al alma, exclamaba:

—¡Así tocaba Laura, y así tocará Laurita! ¡Dios las bendiga!

Nada en la apariencia demostraba que Alberto fuera un demente, pero los cambios de temperatura influían sobre él de tal manera, que desgraciadamente hacían ver el estado en que se hallaba.

Yo lo visitaba cuantas veces me lo permi-

tian mis ocupaciones, y sostenía con él animados diálogos.

Un día, recibí un telegrama de Leganés en que reclamaban mi presencia con urgencia, inmediatamente partí para dicho punto.

Alberto, recobraba la razón en el momento que la tisis terminaba con su existencia.

Al penetrar en la estancia de mi amigo, vi un cuadro conmovedor; Alberto, incorporado en su lecho, recostaba el cuerpo y la cabeza sobre las almohadas, y su diestra mano se hallaba entre las de la hermana por quien mostraba veneración; á la cabeza de su cama un sacerdote y Carlos prestaban á su amigo los últimos auxilios, y en su altar improvisado donde una porción de velas alumbraban una imagen del crucificado, oraban con fervor algunas hermanas de la Caridad.

Descubierta mi cabeza avancé hasta el lecho de mi amigo, y mis ojos se fijaron en la hermana del velo negro, éste caía por encima de la cabeza, sobre sus espaldas, y al ver su rostro, no pude menos de lanzar un grito de sorpresa; reconocí en ella á Laura, á aquel ser que algún tiempo antes había amado en San Sebastián, y qua era la misma á quien con pasión adoraba Alberto.

Mi amigo sonrió, y puestos sus ojos en mí, con balbuciente voz, me dijo:

—Esta es Laura, su hija Laurita es mía, velad por ellas y hacerlas felices, os lo ruego, capitán.

Poco después entregaba su alma á Dios entre su único amor y su mejor amigo.

Laura llora sus culpas en un convento. Laurita vive conmigo y soy, según ella, su tercer papá mejor que el segundo, pero más rabioso que el primero.

Laurita es bella como su madre, y su alma es un reflejo de la de Alberto.

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

## SHAKESPEARE, LORD BYRON

Y CHATEAUBRIAND (1).

Al salir de la oscuridad de mi existencia para presentarme á tan distinguida concurrencia, es para mí un deber sagrado é ineludible el dar las más expresivas gracias á la ilustre asociación que me concede el alto honor de dirigiros la palabra desde la tribuna que han ocupado las más grandes figuras de las ciencias, las letras y las artes.

No sé si el tema elegido para mi pobre discurso será de vuestro agrado; ni sé si con mi tosca palabra podré expresaros argumento tan difícil: así es que os ruego me concedáis vuestra benevolencia, pues ni soy un hombre de ciencia, ni en mi oración hallaréis profundidad de pensamientos ni pomposidad en la dicción: lejos de mí toda idea que pueda tener el más leve viso de vanidad; os he molestado para que escuchéis lo que á mi pobre juicio le ha parecido digno de vuestra atención siquiera por algunos instantes.

Ignoro si mi atrevimiento podrá salir airoso de la ardua empresa en que voluntariamente se ha metido; no sé, señores, si seré digno de la atención y benevolencia que he demandado.

No voy á tratar de historia; no voy á presentaros ningún problema social, ni he de hablaros de política ni de religión; mis palabras y mi pensamiento se concretan á un sólo objeto: demostrar la inconveniencia y ninguna utilidad que reporta á la juventud literaria la imitación de los grandes genios, los cuales son como el sol, á quien es imposible que imiten los demás astros que ruedan en la eternidad: cada uno es diferente y, sin embargo, todos son iguales; diferentes, porque tienen distintos resplandores y más ó menos intensidad calórica; é iguales, porque todos son luminosos; porque todos son astros; porque á todos los hizo Dios: esto sucede con los genios; todos son iguales, y todos, como las estrellas, son distintos á la vez.

(1) Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid.

No por esto he de decir que no conviene la lectura de sus obras; al contrario, todo aquel que desea recoger laureos en las altas esferas de la república de las letras, debe leerlas muy á menudo, pero nunca dejarse llevar del espíritu de imitación, porque para ser como el genio, es necesario ser otro genio; de lo contrario, toda imitación que se haga resulta una grotesca caricatura.

A Shakespeare, Lord Byron y Chateaubriand, voy á presentarlos como imposibles y difíciles modelos; sobre todo los dos bardos ingleses, porque las obras de Chateaubriand son menos difíciles, más posibles de la imitación, porque son más universales; porque sus creaciones no tienen carácter personal; porque sus páginas encierran un manantial inmenso de ciencia, una grandiosa enciclopedia utilísima á la humanidad.

Shakespeare es la figura más colosal de la historia dramática; sus obras no tienen iguales; sus creaciones son gigantescas; nadie ha podido rivalizarle en el fraseo, ni nadie ha creado tipos como los de *Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth* y *Ofelia*, que encierran en sí todo lo sublime, lo bello, lo trágico y lo ridículo de la vida. Para conocer el carácter del rey de la tragedia, para formarse una idea de lo que era el inmortal fundador del teatro inglés, no hay más que leer su *Príncipe Hamlet*, á través de cuyas escenas se ven confusamente mezclados lo absurdo con lo bello, lo colosal con lo ridículo. Digo esto, porque no se vaya á creer que todo lo genial es sublime, no: los géneos son hombres, y se equivocan como cualquiera.

«Si debiésemos caracterizar los dramas de Shakespeare,—dice Samuel Johnson en el admirable prólogo puesto á las obras de su compatriota—con las circunstancias que en cada uno más preponderan y le distinguen de los demás, tendríamos que conceder al presente la palma de la variedad. Son tan numerosos sus incidentes, que su argumento daría materia á una larga novela. En sus escenas alterna constantemente lo divertido con lo patético: lo divertido lleno de observaciones juiciosas é instructivas; lo patético exento, sin embargo, de toda violencia superior, á la natural altura de los humanos sentimientos. Van apareciendo sucesivamente caracteres diversos, que presentan variadas formas de costumbres y de lenguaje. La pretendida locura de Hamlet ofrece pasos sumamente amenos; los tristes desvanecimientos de Ofelia enternecen el corazón; y cada personaje produce el efecto calculado por el autor: desde el espectro que en el primer acto nos hiela la sangre de horror, hasta el ente ridículo que en el último nos inspira justo desprecio.

»El plan, sin embargo, no está libre de censura: la acción camina, á la verdad, en progresión continua; pero se interponen escenas que ni la detienen ni la empujan. No hay razón que justifique la fingida locura de Hamlet, quien nada hace que no pudiera igualmente hacer si se le creyera en su cabal juicio. Su desvario llega á un punto exagerado, cuando trata á Ofelia con tal aspereza que solo puede considerarse como verdad inútil y caprichosa.

»En todo el curso de la tragedia, Hamlet es más bien un instrumento que un agente con intención. Después de haber convencido al rey por medio de una estratagema, nada hace para castigarle; y su muerte es al cabo obra de la casualidad, sin que Hamlet intervenga en lo más mínimo.

«La catástrofe no es feliz; el cambio de los puñales es un curso más bien de la necesidad que del arte. Lo mismo hubiese sido deshacerse de Hamlet con el hierro y de Laertes con la copa.

«Acúsase el poeta de haberse separado de la justicia poética, y con igual razón pudiera reconvenirse por haber prescindido de la verosimilitud. El espectro deja la mansión de la tumba con frívolo pretexto; la venganza que reclama no llega á verificarse sino con la muerte del que ha de tomarla; y la recompensa que debiera obtenerse por el castigo de un usurpador y un asesino, queda destruída por

la prematura muerte de Ofelia; la joven, la bella, la pia, la inocente.»

Tal es *Hamlet*, tragedia grandiosa, que demuestra vivamente el carácter dramático de Shakespeare, de quien dice Letourneur que debía ser un perfecto modelo. ¿Puede *Hamlet* ser un modelo? ¿Es conveniente su imitación? De ningún modo; el que intente hacerlo tendrá por fuerza que imitar los extravíos del inmortal dramaturgo, y obrando así vendría á ser la imitación una producción ridícula, un sainetón risible; los géneos tienen extravagancias sublimes que pasan ridículas desde el momento en que la imitación sigue sus huellas.

No queriendo ofender con mi nada competente opinión la que tenéis formada del genio de los géneos, ni siendo digno de mí el censurar una escuela de la que soy partidario, en vista de dificultades de imitación en él *Hamlet*, pasemos á ver si en el *Otelo* y el *Macbeth* descubrimos medios de que pueda valerse la juventud literaria para imprimir en sus estudios algo del carácter Shakespeariano.

Después de *Hamlet*, *Otelo* aparece grandioso, rodeado de algo más verdadero y verosímil que la creación del dipo del príncipe dinamarqués: en *Hamlet* hay una Ofelia que viene á ser como hermoso lucero que brilla en medio de la tempestad; como delicada flor que esparce sus perfumes entre las ráfagas ardientes de las pasiones; como poética sombra que se alza resplandeciente á través de desgarrados mantos de tinieblas; en *Otelo* hay una Desdémóna toda amor, toda dulzura; y en *Macbeth* una mujer a quien el crimen y el remordimiento arrojan en brazos de la muerte.

Dos almas que se comprenden; dos seres que vienen á formar ese todo imposible llamado felicidad; un hombre enamorado de la belleza y una mujer enamorada de la grandeza de su alma; un amigo infame que se vale de la calumnia para desatar los santos nudos del matrimonio; la duda y los celos que estallan en un corazón colmado de amor y la catástrofe horrenda de arrancar el esposo la existencia á la esposa en el mismo tálamo nupcial, hé ahí el argumento del *Otelo*. Entremos en análisis: la tragedia, como llevo dicho, es más lógica y más humana que *Hamlet*; su desenvolvimiento es rápido é interesante, y no hay en ella tantos extravíos ni divagaciones como en la otra.

El tipo de *Otelo* es una creación gigantesca, y la figura de Desdémóna revela desde luego el nombre del autor: si *Hamlet* es imposible de ser imitado, más lo es aún *Otelo*. ¿Por qué? No me toca responderos, porque mis consejos y razones vendrían á resultar en atrevimiento.

Muchos *Otelos* se pueden hacer, pero no como el de Shakespeare; muchos *Otelos* hay en el mundo, pero ninguno es como el moro de Venecia, porque se ha llamado *Otelo* á todo aquel á quien los celos empujan al abismo del crimen.

A pesar de que acabo de decir que sería en mí un atrevimiento el demostrar el por qué de la imposibilidad en la imitación del *Otelo*, voy á hacer os unas ligeras observaciones sobre el desarrollo de la acción dramática y el plan general de la inmortal tragedia.

El primer acto es una hermosa exposición de la trama; bello en los conceptos, grandioso en la frase y dulce en las escenas en que Desdémóna, ante el consejo de Venecia, se arranca al amor paternal para entregarse fascinada á la inmensa pasión del moro, cuya aparición en escena entre los gritos de la multitud, los improperios del ofendido padre, y el resplandor de las antorchas y el brillar de las espadas, tiene algo de satánico y mucho de sublime que subyuga.

«Que no quiero separarme del moro ni un punto sólo; para eso me rendí á él como vasallo á su monarca: no me enamoré de su rostro, sino de su valor y de sus hazañas: por eso le rendí mi alma y mi vida. Si él va á la guerra y yo como polilla me quedo en la paz, ¿de qué me ha servido este enlace? ¿Qué fruto cogeré

de él, sino llorar en triste soledad su ausencia? Quiero acompañarle.» (1)

Bastan estas hermosas frases de Desdémóna para comprender la belleza de tales escenas, y las siguientes palabras de Rodrigo el traidor Yago, para formarse una idea de la grandiosidad de pensamientos: «La locura es la vida cuando la vida es dolor, y la mejor medicina de un ánimo enfermo es la muerte;» ó bien se adivina la catástrofe en esta locución de Brabancio: «Moro, guardala bien, porque engañó á su padre y puede engañarte á tí.»

Todos sabéis, señores, que la tragedia se divide en cinco actos: el primero, como dejo dicho, si bien es maestro y gallardo, no nos ofrece punto alguno sobresaliente en que se haga un alto, á manera del descanso que el peregrino da á sus fatigados miembros en la escalinata de la Cruz del pueblo que le vió nacer. Suponiendo que estamos en el teatro, correremos imaginaria cortina para trasladarnos al acto segundo.

La acción dramática aparece más vigorosa, y las bellezas que atesora empiezan con la poética llegada de Desdémóna, á cuyas plantas quiebran sus espumas las olas del mar de Chipre: en él hay escenas de ese corte especial semi-grotesco en que abundan las obras del vate, y en las que contrastan la profundidad de pensamientos y la rudeza en ciertas situaciones: en boca de Yago pone en este acto frases poco decorosas al saludar á su esposa Emilia, y chistes de tan dudosa decencia, que hacen malísimo efecto contemplando y oyendo á la sin par Desdémóna. Por esto mismo, por este *pandemonium* extraño y ridículo, que siempre resalta en todos los dramas de Shakespeare, se hace peligrosa é imposible la imitación. En aquellos tiempos en que la literatura y el teatro inglés empezaban á mecerse en la grandiosa cuna que el genio les fabricó, podían muy bien pasar tales defectos, porque la gigantesca obra aun estaba en embrión, porque eran las modulaciones de una lira que empezaba á sonar á los oídos de un público que carecía aun de gusto literario, y para quien la novedad era á manera de un meteoro deslumbrante que los cegaba; pero en los presentes tiempos, en que el arte dramático marcha aunado con el progreso á su completa perfección ó total ruina, escenas parecidas á estas causan el desprestigio del autor, que se dejó llevar del apasionamiento y la risa, en un público que cada día desea y hasta exige al arte nuevos adelantos, á los actores nuevas maneras de presentarse y de decir, y á los escritores producciones que le satisfagan.

Los sonidos de la lira de Sófoeles, aunque henchidos de majestuosas y divinas armonías, resultan hoy día en el teatro distintas; vibran muy diferentes á aquellos momentos en que resonaban poderosas en el teatro griego, ensordeciendo á muchedumbres que hacían con ellos gigantescos duos de aplausos y aclamaciones.

Estas escenas pasan desapercibidas en el acto segundo del *Otelo*, en cuanto vienen otras revestidas del espléndido ropaje de frases y de ideas: las unas borran á las otras, pero es por momentos sólo, porque vuelven á aparecer.

El tipo de Yago aparece vigorosamente trazado y el conjunto viene á ser como un cuadro en el que se notan toques débiles y de poco gusto al lado de atléticas pinceladas: *Otelo* y *Desdémóna* marchan felices y contentos á su dorado alcázar: la ambición nace y crece en el pecho de Yago; y en el corazón de Casio se agita algo misterioso é incomprensible. *Otelo* tiene por su verdadero amigo á Yago, y Yago medita el plan de hundir en el abismo de la desesperación el suntuoso templo de la felicidad del moro: la ambición le impulsa, y por ocupar otra posición se desposa con la calumnia para que le ayude á arrollar entre sus redes al hombre honrado y escribir con hiel en el alma de *Otelo* la sentencia de muerte de la pura y angelical Desdémóna: piensa, duda, pretende hallar algo que justifique su pervers-

(1) *Otelo*. Acto 1.º, escena III, pág. 351 de la versión castellana de Menéndez Pelayo.

sa maquinación, y por fin en estas frases revela la miseria de su alma. «Los pensamientos ruines sólo en la ejecución se descubren del todo.»

En la escena tercera Yago se convierte en el diablo tentador de Casio, á quien Otelo confía el castillo: «Tienes ojos muy provocativos—le dice.—Parece que tocan á rebato.»—«Y á pesar de eso su mirada es honesta.»—«¿Has oído su voz tan halagüeña que convida á amar?» Y por fin lo enloquece con los vapores del licor, para hacerle caer en la enemistad de Otelo.

La escena del festín es, sin disputa, la mejor del acto: escrita con soltura y gracia, y en la que se muestran distintos caracteres en agradable compañía con distintos licores: Yago desacreditado á Casio entre burlonas carcajadas, y consigue su objeto de hacerle perder la gracia del moro.

*Otelo* es una de las tragedias más completas de Shakespeare: la trama camina lógicamente á su desenlace: la madeja es más compacta y con facilidad se desenreda: en esta tragedia no se nota el descuido y el abandono de escenas y situaciones del *Sueño de una noche de Verano*, *Cuento de Invierno*, *Julio César* y *Las Alegres Comadres de Windsor*.

Me he tomado la libertad, señores, de hacer una especie de juicio crítico, que parece separarse un tanto del tema pensado; pero si lo he hecho así, es porque deseo que, mostrándolos analíticamente el todo de las creaciones shakesperianas, podáis apreciar en la comparación y la reflexión la verdad de la absoluta imposibilidad imitativa: pensando detenidamente, contemplando imágenes y siluetas, apreciando el valor de cada escena, cada frase y cada acto, obtendréis el resultado que no lograrían alcanzar mis torpes razonamientos: no basta que el médico explique lo que es un cadáver: es necesario tenderlo en la mesa del anfiteatro y escudriñar con la lente y el escalpelo una por una las fibras de que se compone la materia corpórea para formarse de la teoría una idea práctica exacta: toda teoría resulta inútil, si la práctica no la acompaña: para contemplar y analizar un astro, el astrónomo lo mira á través de poderoso telescopio; en esta ocasión hay que analizar las obras de Shakespeare, mirándolas desfilan por los horizontes de la gloria con los telescopios de la apreciación y el raciocinio.

Todo el interés dramático; el principio y la base del *Otelo*, se reconcentran en el acto tercero, que es superior á los dos primeros, que vienen á ser á manera de hermosas antenas que conducen al recinto de lo sublime; sutuosos escalones de pórvido y ágata que dan acceso al fantástico templo en que arde la luz del genio en la dorada lámpara de la poesía.

Decidido Yago á llevar á cabo sus propósitos, rompe los obstáculos que le detienen en su empresa y vierte en el corazón de Otelo la primera gota de hiel: el átomo ardiente germen del volcán horrible, y resuelve perder á Casio dejando en su aposento el pañuelo que Otelo regaló á Desdémona el día de sus bodas: el moro lo verá, sus sospechas se confirmarán y Casio será destituido del puesto que tanto anhela el infame amigo.

Grandiosa es la escena en que Yago, valiéndose de la calumnia, empaña el limpio cristal de la honra de Desdémona diciendo al moro que le es infiel; el ay desgarrador con que Otelo responde á la fatal revelación es el estallido de los mundos del amor y la ilusión que ruedan deshechos en leves pavesas por el caos de la duda: es el resoplido del monstruo de los celos que despierta en el santuario de un alma: la primera idea que brota en aquella mente exaltada es la del crimen y el primer deseo que nace en aquel pecho es el de la venganza: venganza de un crimen no cometido, al cual se le prepara horrible lecho de sangre: «Así como el gélido mar corre siempre con rumbo á la Propóntide y al Helesponto, sin volver nunca atrás su corriente, así mis pensamientos de venganza no se detienen nunca en su sanguínea carrera, ni los templará el amor, mientras no los devore la venganza. Lo juro

solemnemente por el cielo que nos cubre:» Esto exclama Otelo y Yago, viendo realizado su propósito, pone al cielo por testigo de su mentida verdad: «Sed testigos—dice—vosotros, luceros de la noche, y vosotros, elementos que giráis en torno del mundo, de que Yago va á dedicar su corazón, su ingenio y su mano á la venganza de Otelo.

La grandiosidad de esta escena y la dantesca grandeza de la figura de Otelo, encierran en sí tal cúmulo de genialidad, tal hacinamiento de hermosura, que hacen de ella un diamante colosal cuyos destellos fascinadores ciegan y atraen al alma y al pensamiento como á los extraviados navegantes atraían los cánticos de las sirenas: como atrae el vacío á la tempestad; escena peligrosísima para todo aquel que intente hacer de ella una imitación: imitación que vendría á ser una borrosa fotografía parecida á la que de noche se hiciese de las pirámides ó la esfinge de Egipto.

La situación es humana y por lo tanto casi inimitable: la forma es sublime y por consiguiente imposible de revestir con sus brillantes girones otro esqueleto cualquiera.

En la juventud, siempre impresionable, soñadora y fogosa por excelencia, los primeros modelos dejan profundas huellas: la encanta todo, la subyuga todo aque llo que aparece á su vista revestido de rosados colores y se deja arrastrar por mágicas corrientes que á veces la conducen á abismos sin fondo, de los cuales es imposible salir. La juventud es una mariposa que deja el polvo de oro de sus leves alas en la llama que la fascina: la mente del adolescente es á manera de una plancha de cera donde deja huella toda idea y todo sueño: por esto mismo es conveniente que la juventud literaria, formando el gusto en las clásicas escuelas, se aparte de sus tentadores moldes y dé cuerpo y vida á sus creaciones en las encendidas fraguas de su ardiente inspiración. Huir de la brillante estela que en pos de sí dejó el genio y lanzarse con verdadero ánimo y entereza por sendas nuevas y jamás trilladas.

En el acto tercero de *Otelo* no hay escenas grotescas, y parece que al escribirlo, el mismo Shakespeare, subyugado por la magnificencia de su creación, prescindió de las incultas frases con que muy amenudo oscurece la exuberancia de las más brillantes escenas de sus obras.

Suceden á la anterior escena otras bellísimas y delicadas que resultan un tanto pálidas comparadas con la otra; estas escenas vienen á ser como la luz crepuscular que se extiende por los horizontes cuando el sol ha caído ya en su lecho de sombras de Occidente.

La escena en que Otelo pide á Desdémona el pañuelo perdido y en que Desdémona pide en cambio de él el empleo de Casio, es magistral: parece la pincelada de un titán en un cuadro de gigantes; el final es sencillo y el principio del acto cuarto parece los primeros chispazos de la tempestad que nace en el seno de la nube.

Si grandiosa es la escena entre Yago y Otelo, colosal es la escena segunda del acto cuarto en que el ofendido esposo exige á Desdémona la explicación del crimen con que la calumnia la señala: la esposa es inocente, sus pensamientos son puros como el céfiro que besa su frente, en el espejo de conciencia se retrata su alma blanca y hermosa como girón de nube que va llevando el viento; su corazón, tesoro de amor, sólo late por Otelo, y Otelo, todo sombrío, cree estar frente al abismo del crimen; el hogar muéstrase tranquilo y plácido, y el moro, cegado por los celos, atrae á sí á la immaculada esposa pretendiendo arrancar á aquellos labios la confesión y el arrepentimiento de una culpa, ni siquiera pensada; la colocación de estas dos figuras; Desdémona pura y hermosa; Otelo con la hidra de la duda en el pecho y la borrasca de los celos en todo su ser, resulta de tan grandioso contraste, de efecto tan maravilloso, que cual desbordado torrente traspasa furiosa los límites que el genio la señaló, ante esta escena, ningún público permanece indiferente; la oye con asombro, contempla con terror aquellas figuras y

al final de ella estalla tan estruendoso aplauso, una exclamación tan extraña, que algo hay en estos momentos parecido al estallido del Vesubio en medio de las pompas de las tres joyas de la Campania.

Fácilmente la juventud se deja arrastrar por aquella catarata de bellezas; justo es admirarlas, pero conveniente no seguirlas, porque si en las otras tragedias de Shakespeare es imposible imitar las que encierran, en esta hay triple imposibilidad; ¿por qué? preguntaréis; y no queriendo responderos por qué, resultaría mi respuesta una torpeza; solamente os aconsejo que la estudiéis detenidamente para que un pleno convencimiento os haga ver palpablemente la inutilidad de la intención imitativa nacida del deslumbramiento producido por las armonías de la frase y el sentimiento.

El desenlace se acerca; las escenas que siguen á la anterior marchan con rapidez al final de la intriga dramática que se vislumbra á manera de la silueta de un monstruo que va acercándose; la canción de Desdémona al retirarse al lecho, es una nota arrancada al arpa de un querube, el canto del cisne, la vibración misteriosa de ese algo divino que lleva en sí la mujer.

La catástrofe todos la conocéis, en todos los ánimos ha dejado profunda huella; ¿á qué hacer de ella una descripción que resultaría inútil? Hemos terminado con *Otelo*, cuya definición general respecto á la juventud literaria se reduce á estas frases: imposibilidad é inutilidad absoluta en la imitación.

*Macbeth* sigue á *Otelo*. ¿Qué es *Macbeth*? Una creación sombría, un poema cuyos cantos tienen la negrura de la noche y el horror de la desesperación; es un monstruo hijo del crimen y esclavo del remordimiento.

La ambición primero; la expiación después; he ahí el argumento de la tragedia; mucha inverosimilitud, mucha fantasía, grandes bellezas y escenas rudamente escritas, algo diabólico en el fondo y mucho genio en la frase; tal es la trama.

Escenas tiene de un efecto grandioso y profundidad en el pensamiento; tiene la rudeza bélica de las huestes guerreras de la Escocia. Lady Macbeth es la personificación del remordimiento; recorriendo los salones del regio alcázar, pretendiendo en su locura borrar de su mano la mancha de la sangre de Duncan, se asemeja á un horrible espectro escapado de los infiernos del Dante; toda la tragedia tiene la negrura de la *Comedia* del florentino; toda la obra abunda en escenas de ese gusto particular que tanto afean las tragedias del genio de los genios.

Si *Hamlet* y *Otelo* no entran en la posibilidad de imitación, *Macbeth* no llega ni siquiera á las fronteras de esta posibilidad; no llega, porque es más confuso, más enigmático, porque parece, en suma, un diabólico geroglífico, cuya solución sólo pueden encontrarla los espíritus de las tinieblas.

Tiene cinco actos: en el primero se agitan los seres destinados á protagonistas entre la duda y la ambición; en el segundo se consuma un crimen; en el tercero empieza la expiación; en el cuarto Macbeth intenta profundizar el arcano de su vida, y pretendiendo alcanzar la calma, sacrifica á la familia de su amigo Banquo; en el quinto estalla la desesperación, la locura del remordimiento; y Macbeth viene á morir á manos de los seres que pretendió exterminar, y Lady Macbeth entrega su alma al infierno.

Las escenas más grandiosas de la tragedia son: la del festín, en que Macbeth huye horrorizado del espectro de Banquo, y la primera del acto cuarto, en que Macbeth, como Edipo, pretende arrancar á los oráculos el secreto de su porvenir.

La figura de Lady Macbeth huyendo de los espectros del remordimiento y los gritos de la conciencia, es aterradora, lo mismo que la del usurpador, cuya muerte tiene algo de la agonía de Aquiles ante los muros de Troya.

Yo no sé por qué, señores, se me ocurre la idea de que entre *Macbeth* y *Edipo* existen

ciertas misteriosas semejanzas: el rey de Tebas evoca de la tumba los espectros de sus mayores; Macbeth, presa del remordimiento, ve desfilar á su vista infernales procesiones de sátnicos espíritus, Edipo, parricida, huye del incestuoso tálamo; Macbeth, homicida, huye de sí mismo y muere como mató. Los dioses colocan á Edipo en el trono Tebano por haber adivinado el enigma de la esfinge: las brujas muestran á Macbeth su suerte, y el crimen le sienta en regio solio: Macbeth y Edipo son dos figuras que parecen unirse por cierto pavoroso *similiter cadens*, seres á cuyo lado se ven dos mujeres igualmente criminales que vienen á ser las figuras de segundo término, de tan pavoroso cuadro: Yocasta y Lady Macbeth.

*El Mercader de Venecia*, es sin duda la tragedia peor de Wiliam Shakespeare: Sylok, es un tipo bárbaro y falso: el estilo es incorrecto, la trama muy llena de incidentes que la hacen lánguida: brilla de vez en cuando una belleza, ó suena la armonía de una frase: en esta tragedia hay dos creaciones bellísimas: Jéssica y Porcia: la judía enamorada y la dama romántica de Belmonte.

*El Rey Lear* es un poema desgarrador: la bondad y la esplendidez premiadas con las más infame ingratitud: la figura del rey loco huyendo á través de las selvas acompañado de Cordelia y su bufón, es una de las creaciones más hermosísimas del ingenio de Shakespeare: pero el laurel más hermoso de su corona: el destello más brillante de su inmensa aureola de gloria es el drama *Romeo y Julieta*, poético idilio; blanca luna que resplandece en los cielos de su inspiración; divina melodía que cada día tiene más armoniosas vibraciones: ¿quién no se ha enternecido ante aquellas dulcísimas escenas de amor, amor sublime que sólo tenía por confidentes á las flores y á las estrellas? «¿Tan pronto te vas? Aun tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa á cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.»

«Es la alondra que anuncia el alba: no es el ruiseñor. Mira, amada mía, como se van tiñendo las nubes del Oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, ó si no, aquí me espera la muerte.»

«No es esa luz la de la aurora, te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbré el sol para guiarte en el camino de Mantua. Quédate. ¿Por qué te vastan luego?»

Esta bellísima escena no tiene rival en los anales del teatro, ¿es imitable? no: ¿por qué? porque es casi divina: porque para escribirla y concebirla así es necesario ser otro Shakespeare: de lo contrario, el rayo de luna y el gorgojo del ave resultarían ridículos y risibles: no por esto digo que no haya quien la supere; en la marcha de los tiempos quizá vuelva á sonar otra lira como la de Shakespeare, la palabra «imposible» sólo se pronuncia ante la tumba.

El final de *Romeo y Julieta* es la agonía del cuerpo no la del amor: porque el amor levanta su vuelo á lo infinito, donde es eterno: donde aun sigue y seguirá el idilio.

La tragedia *Julio César* todos la conocéis y no he de hablar de ella porque es tan popular el asunto, que un niño de cuatro años sabe quiénes fueron Bruto y Julio César: *Coriolano* es hermosísima y el *Sueño de una noche de verano*, *Cuento de invierno*, *Como gustéis*, *Comedia de equivocaciones*, *La tempestad*, *Cymbeline*, *Ricardo III* y *Las alegres comadres de Windsor* son á manera de coronamiento del edificio glorioso que la posteridad levantó á William Shakespeare, el sol del teatro inglés.

Como veis por lo expuesto la imitación se hace imposible y peligrosa en la escuela shakespeareana: las bellezas y las extravagancias son de todo punto inimitables: el genio, para tender las alas de su fantasía, tiene siempre un cielo llamado *originalidad*: originalidad exclusiva que no puede ni debe encerrarse en los moldes de otras originalidades, porque en-

tonces se convierte en un asesino de ideas sacrificadas al nacer en aras de absurdos apasionamientos y diciendo esto de Shakespeare, también podemos aludir á Schiller, Goethe, Sófocles, Calderon y Lope de Vega.

Victor Hugo, aquella potente antorcha que derramó sus fulgores por el mundo entero: aquel gigante cuya silueta resplandeciente se borró no ha mucho en los negros horizontes del no ser, dijo en una de sus grandiosas concepciones que la tierra era una tempestad de almas: bien se puede decir que las obras de Shakespeare son tempestades de grandezas nacidas en la nube de la imaginación y esparcidas por los espacios de los siglos: un himno inmenso que oyó, oye y oirá la humanidad: pirámides de perlas y de arena ante las cuales pasan como leves vientecillos las glorias de los Alejandros, los Ciro y los Napoleones, y se detienen extasiados el talento y la admiración: astros para los cuales no habra jamás horizontes que apaguen sus destellos, porque cada día que amanece es un espacio nuevo en que trazan sus órbitas colosales de estruendosos y universales aplausos.

Pasando bajo las gigantescas curvas que dos centurias marcaron en los espacios con el polvo de sus generaciones, detengámonos ante la tumba de otro genio; ante el último eterno lecho, del que en vida se llamó Lord Byron, y entre el placer y la agenia lanzó á la faz del mundo las poderosas creaciones de su mente, envueltas en los tristes sonidos de su desesperada lira.

El escritor más grande de Inglaterra, después de Shakespeare, es Byron; su vida fué una elegía, su posteridad un poema: Byron lleva al alma la desesperación ataviada con el ropaje de sus versos. En sus obras siempre se retrata un mismo héroe, porque él es Don Juan, Manfredo, Lara, Sardanápalo y Chilne-Horold; su personalidad aparece siempre entre borrascosas pasiones, y á través de sus versos parece que se le contempla entre báquicas orgías, fáciles amores y desenfrenadas pasiones: Byron fué la víctima del capricho; el judío errante de las pasiones perseguido por la fatalidad: los nombres de Ana Duff, Margarita Parker, Mary Chawort, Miss Milbank, Margarita Cogni y Teresa Güiccioli revelan la vida del poeta, sueñan confusamente entre sus cantos y aun parece que se ciernen fúnebremente sobre la entidad gloriosa del cisne de Douvres.

La inspiración de Byron sólo cantó sus amarguras, copió y no creó, porque el modelo de sus obras era su propia alma, en cuyo negro abismo parecía mejorar la pluma.

Ni como poeta lírico ni como autor dramático puede servir de modelo á la juventud: en la imposibilidad de imitación en Shakespeare, es más lógico que entre lo posible; pero en Byron no hay nada, nada absolutamente imitable, porque para ser el discípulo es necesario ser el maestro; porque para cantar como él es preciso sentir las mismas pasiones, las mismas amarguras, la misma desesperación de aquella alma arrastrada por el asqueroso mar de los vicios.

Desgraciadamente hasta hoy dura la costumbre en la juventud de imitar ese cruel escepticismo nacido de Byron y recogido por Espronceda; escepticismo falso, porque las almas que entran por las puertas de vida, es imposible que sientan lo que las almas que marchan agonizando al arcano del sepulcro: el rayo del sol naciente jamás será igual al del sol poniente; así, la primera modulación de la lira del adolescente no puede ser igual á la última vibración del plectro del anciano. El escepticismo tuvo su época de moda en que el gusto público exigía á los poetas que fuesen *Ulorones*; en que las niñas suspiraban porque estaba en boga; en que por todas partes se oían cantar baladas que hoy escitan la risa: el veneno y el puñal, la desesperación y el suicidio, componían la belleza de toda obra literaria, y todo el mundo parecía dedicarse exclusivamente á suspirar: hoy, el escepticismo existe, pero su existencia no es ridícula, como lo era entonces y es porque también con el progreso van marchando las pasiones.

Todos habéis leído á Byron, todos conocéis sus estrofas, y todos habéis repetido también más de una vez aquello de *El Diablo Mundo*:

¿A qué volveis á la memoria mía,  
Tristes recuerdos del placer perdido?

Byron tuvo un imitador, imitador hasta en la vida, Espronceda, el poeta de los estudiantes, el autor del canto á Teresa.

Espronceda siguió las huellas de Byron como sigue el marino el resplandor de una estrella. ¿Qué consiguió? La muerte en la flor de su vida. Espronceda se empeñó en beber en la misma copa da amargura que Byron, en arrancar á su lira los mismos sonidos de la otra, y á su corazón los mismos ayes del otro, y fué desgraciado, y todo aquello que imitó disminuye más y más cada día su entidad literaria.

Sardanápalo, entregado á la disipación y á la crápula: Manfredo, queriendo resolver el enigma de su vida: Mazzepa arrebatado por el huracán y D. Juan corriendo en pos de esa hermosa mentira llamada felicidad, vienen á ser los cantos vivientes de un poema de dolor y de amargura: diversas faces de la vida de un solo hombre: páginas negras arrancadas del libro del corazón y dados á los vivientes de las pasiones: la epopeya grandiosa de la desesperación, porque á Byron le sucedió lo que no sucede á nadie: amó temprano, sufrió temprano y murió bastante tarde.

Como ya mi pobre oración va agotando vuestra benevolencia, abreviaré todo lo posible y aconsejando á la juventud estudiosa que huya de Byron, como el árabe que escapa del desierto, cuando el simoum empieza á agitar sus olas de arena, voy á hablaros del poema del siglo XIX: de su *D. Juan*, el poema de los contrastes.

Quisiera antes deciros dos palabras acerca del *Manfredo*; todos le conocéis: todos sabéis que la base filosófica de esta grandiosa creación es el escepticismo mezclado con el ateísmo; después del *D. Juan* es el poema que revela más el carácter diabólico del poeta; *Manfredo* es la personificación de la duda eterna: esta escena, última del último canto os demostrará más que mis palabras el tesoro de amargura que encierra el poema: el absolutismo absoluto de la imposibilidad imitativa: porque Byron es lo que Pandora en el Olimpo; sus obras son los males, los miasmas escapados de las llagas de un alma corrompido: hé aquí la escena:

El Abad.—¡Oh qué pálido estás! Tus labios carecen de color, tu pecho se extremece y la voz no arranca ya de tu garganta más que sonidos roncos y ahogados. Dirige al cielo tus súplicas. Reza, aunque sólo sea mentalmente: ¡no mueras así!

Manfredo.—¡Todo se acabó! mis ojos sólo te ven á través de una nube. Todos los objetos parecen flotar á mi alrededor, y la tierra oscila bajo mi planta.—¡Adios, dame tu mano!

El Abad.—¡Fria! ¡Fria! ¡Tan fria como su corazón!—¿Cómo te encuentras?

Manfredo.—¡Anciano, no es tan difícil morir!

El Abad.—¡Partió! Su alma ha huido de la tierra, para ir ¿á dónde? ¡Tiemblo de pensarlo, pero partió!

Podéis reflexionar sobre lo dicho: ahora voy á presentar á vuestra vista las grandezas del *Don Juan*, porque no quiero que mis palabras intenten daros razones que tal vez pueden resultar apasionadas: venero á Byron porque Byron es el genio; pero me parece muy lamentable que sigan su huella los jóvenes que hoy toman la pluma ávidos de alcanzar un lauro en la palestra del talento: juventud á la cual mi pobre opinión se atreve á decirle desde ésta ilustre tribuna: Lee á Byron más no le imites, acordándote de Espronceda.

*Don Juan* es un poema singular, empieza, pero no acaba: el principio se ve y el final se adivina: sus primeros cantos describen un hogar, y sus últimos versos el desengaño de una ilusión: entre unos y otros media una cadena de dorados y férreos eslabones; un mar cuyas olas, ora son azules y tranquilas, ora negras y rugientes.

¿Cuál es la base filosófica del poema? La felicidad es la mayor mentira: ¿qué se propuso Byron al retratarse en *Don Juan*? mostrar la vida con sus encantos y amarguras; pensamiento desgarrador; intención desesperada.

El poema tiene dieciséis cantos, todos diferentes, todos contrarios, todos en antítesis; más que cantos son ayes de agonía; contrastes colosales: aquí se oye la cántiga de amor de la madre que arrulla al niño; allá un ay desesperado, un gemido de muerte, el ronco retumbar del trueno, el fatídico brillar del rayo: unas veces se contempla la dulcísima claridad de risueñas auroras y los crepúsculos de tranquilas tardes, otras se oye el eco de un beso de amor que se pierde entre los vientos, el dulce murmurar de un juramento, la carcajada de la ilusión, á quien la fatalidad encierra en la tumba del desengaño, la maldición del ateo, la plegaria de la virgen, los lamentos de la deshonra, el estruendo de los festines... todo esto, confundiendo y atropellándose en la existencia de un sólo ser, como se confunden, se multiplican y se atropellan los hirvientes átomos que sostienen la existencia cósmica.

*Don Juan* es el poema de las grandezas, la epopeya del siglo XIX; pero también es la suntuosa copa que encierra el tósigo moral; la dorada ánfora en cuyo seno se reconcentra todo un tesoro de hiel y de desesperación; en suma, el abismo á cuyo fondo negro se precipitan las almas poseídas de extraños é infernales vértigos.

El Don Juan de Zorrilla muere arrepentido en brazos del ángel de sus amores; el Don Ricardo de *Vida alegre y Muerte triste*, del insigne Echegaray, exhala su último suspiro en brazos de la desesperación; el *Don Juan* de Byron debió tener un fin monstruoso, si fué su vejez corolario de su juventud.

Los amores de Haida y de Don Juan son el idilio de la elegía, el iris de la tempestad, el céfiro perfumado en el desierto abrasador.

Tal es Byron: ¿fundó una escuela? No. ¿Trazó una senda á la juventud? Tampoco.

El estudio del poema os convencerá de la teoría que he tenido el atrevimiento de iniciar; la reflexión podrá más que el pobre parecer: así, pues, es inútil que sobre esto diga una palabra más.

En la misma época, en aquellos mismos días en que Byron escandalizaba á Inglaterra y corría con ciego frenesí de placer en placer, un hombre insigne fundaba en Francia una escuela; regeneraba los efectos producidos en la literatura de su país para la diabólica filosofía de Voltaire y los horrores del 93 y aparecía á la faz del mundo como un ángel salvador, con el fuego del genio en la frente, la fé del mártir en el corazón y la pluma del escritor en la mano; aquel hombre era Chateaubriand, aquella escuela el romanticismo moderno.

Para apreciar en toda su esplendente magnitud la obra regeneradora de Chateaubriand, preciso es que, remontando nuestro pensamiento á épocas anteriores, contemplemos la Francia del 93 del mismo modo que el águila suspendida en el espacio contempla serena la eterna rotación de las esferas: horrores hay en los anales del mundo; páginas sangrientas tiene la historia; pero al lado de la que presentó Francia todas resultan pálidas, porque los horrores del 93 exceden á las hecatombes y cismas de la humanidad, á las guerras de Mahoma, Lutero, Calvino, Muntzer y Teodoro de Beza.

Las impías doctrinas de la pseudo-filosofía, la decadencia del sentimiento religioso, la tiranía monárquica, los abusos de la centralización y la general miseria en que gemía el pueblo, dieron á la Francia aquellos horribles días de *El Terror*, para caer después bajo la tiranía imperial y el predominio de la fuerza militar.

La ilustración social y política había cundido desde el alcázar á la choza, y el deseo de ser todos iguales dió origen al cambio del orden social limitando el poder real, aboliendo el clero y la nobleza, y poniéndose todos bajo la égida divina de estas sacrosantas palabras: «Libertad, Igualdad y Fraternidad.»

El ministro Necker marcha al destierro: el pueblo acomete las Tullerías: Mirabeau erige en gobierno la Asamblea constituyente: trasfórmase las leyes monetarias, el clero y los nobles son perseguidos á muerte: el rey abandona el trono y es encerrado en el Temple para ser llevado al patíbulo: empieza el reinado del *Terror*; Dantón, Marat y Robespierre, llevan á los Girondinos, á Maria Antonieta y á Felipe Igualdad á la guillotina: las estrofas de *La Marsellesa* apagan los gritos de agonía y resuenan por el mundo cual himno infernal entonado por delirantes legiones de furias: Carlota Corday venga tanta barbarie asesinando á Marat: caen los templos en espantosa ruina, se desploman los altares, y en medio de tanto humeante escombros, al horrissono retumbar de los cañones, al horrible resplandor de la Francia que arde entera: entre las ondas de aquel inmenso mar de sangre y teniendo por salve los ronquidos de la agonía, la diosa de la Razón se levanta sobre su pedestal y se inaugura el calendario republicano: siguen los horrores: concluye el *Terror* con la muerte de sus jefes: empieza á restablecerse el orden y la civilización dá un paso de gigante con la inauguración del telégrafo aéreo.

Las artes y las letras yacen sumidas en aquel caos de sangre y de fuego: la moral desaparecida por completo: los vicios y los crímenes lo invaden todo cual torrente de asqueroso fango: las doctrinas Volterianas se agitan cual venenosas hidras en medio de tan espantosa desolación, y ni hay Dios, ni virtudes, ni creencias: siguen el directorio y el consulado: la diosa de la Razón vuelve al polvo de donde salió y se restablece el culto católico: se firma la paz de Amiens, se celebra el Concordato, y hermoso como el albor matinal aparece *El Gémino del Cristianismo*.

¡Ah señores! aquella obra venía también á ocasionar una revolución, pero no revolución de sangre sino mutación completa en el orden moral, político, religioso, científico, literario y filosófico: era el sol que ponía en fuga las densas nieblas de la barbarie; la plácida aurora que sonreía en medio de la tempestad: la prepotente antorcha que el genio levantaba sobre el rudo oleaje de las pasiones para llamar así á la nave perdida del alma.

Chateaubriand pone la primera piedra de la pirámide de la restauración, y *El Gémino del Cristianismo* es leído por el mundo entero, es arrebatado con frenesí, y la imprenta no nace más que lanzar millones y millones de ejemplares.

¿Qué es *El Gémino del Cristianismo*? La voz de la razón y el sentimiento; la enciclopedia universal; la senda abierta á la literatura á través del horror y desolación.

Cuatro palabras sobre el poema: *El Gémino del Cristianismo* es el encadenamiento sublime de la ciencia, la poesía y las artes; en cada uno de sus capítulos y en todo el poema en general se analiza la esencia divina; la influencia del espíritu religioso sobre todos los actos de la vida: al lado del artículo que trata de la filosofía más sublime, se encuentra otro científico, porque Chateaubriand habla con la misma facilidad del concepto más elevado, á la materia más difícil: los misterios y los sacramentos; las virtudes y las leyes morales; la verdad de las Escrituras; la existencia de Dios, demostrada por las maravillas de la naturaleza; la inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento; exposición general de las epopeyas cristianas; la poesía en las relaciones con los hombres; las pasiones; de lo maravilloso ó de la poesía en sus relaciones con los seres sobrenaturales; la Biblia y Homero; las Bellas Artes y la literatura; la filosofía; la Historia; la elocuencia; armonías de la religión cristiana con las escenas de la naturaleza y las pasiones del corazón humano; el culto; los sepulcros; idea general del clero; las misiones; las órdenes militares y los servicios de que la sociedad es deudora al clero y á la religión cristiana en general: esta es la materia del poema, material y demostrada con toda verdad.

Cada artículo de *El Gémino del Cristianismo*

es un estudio brillantísimo; una página que demuestra con la verdad de la sencillez el concepto científico ó filosófico de cada uno de los temas elegidos para base fundamental del grandioso poema; todo se explica en él, y todo se mira bajo el punto de vista religioso; desde Dios hasta el hombre, y desde el hombre hasta el reptil, están definidas todas las creencias, todos los absurdos, todas las controversias, todas las pasiones, todas las grandezas, todas las maravillas y todas las liviandades; desde el arcano de la Providencia hasta el arcano del corazón; desde la existencia del Ser Supremo, á la existencia del átomo; desde el misterio de la eternidad, al misterio de lo infinito; desde la teoría científica á la tradición popular; desde el libro de la naturaleza hasta el último poema mortal, todo está explicado, comentado y abarcado en una sola grandiosa definición.

Chateaubriand, al escribir *El Gémino del Cristianismo*, reasumiendo todos estos conceptos; al reunir en un haz todas las teorías humanas y divinas, parecía querer demostrar á la Francia que un solo hombre es capaz de acumular en su ser todo lo que una nación olvida y menosprecia.

A la aparición de *El Gémino del Cristianismo*, la literatura universal se tiñó con sus poéticos colores, á la manera que el arroyo retrata en su cristal el resplandor de la luna ó el chispazo del meteoro; así como también la oratoria sagrada repitió y repite todo lo referente á la Iglesia, á que se refiere el poema.

«Los fieles se creyeron salvados—dice el mismo Chateaubriand en el prefacio del poema—por la publicación de un libro que respondía tan completamente á sus disposiciones interiores; sentíase una necesidad de fe y de consuelos religiosos, que procedía de la carencia de estos consuelos por espacio de muchos años. ¡Cuánta fuerza sobrenatural no era preciso pedir para tantas calamidades! ¡Cuántas familias cercenadas debían buscar al pie del Padre de los hombres las hijas que habían perdido! ¡Cuántos corazones dilacerados, cuántas almas solitarias llamaban una mano divina que las curase! La multitud se precipitaba en la casa de Dios, como se entra en la del médico en un día de contagio. Las víctimas de nuestras discordias (¡y qué víctimas!) se acogían al altar, bien así como los naufragos se abrazan á la roca en que cifran su salvación.»

La sencillez es un estilo de Chateaubriand, y si no dígalos el siguiente fragmento de *El Gémino del Cristianismo*:

«Hay un Dios; las yerbas del valle y los cedros de la montaña le bendicen: el insecto zumba sus alabanzas; el elefante le saluda al despuntar el día; el pajarillo le canta en la enramada; el rayo hace brillar su poder, y el Océano revela su inmensidad. Sólo el hombre ha exclamado en su delirio: «¡No hay Dios!»

Así como *El Gémino del Cristianismo* ocasionó la revolución de ideas y sentimientos en los desastrosos días por que atravesaba la Francia, la aparición de *Atala* y el *René* fundaron el romanticismo moderno, el romanticismo sublime y natural; no el romanticismo extravagante, sino la manifestación de la belleza humana, porque la humanidad es romántica por excelencia, y porque sin el romanticismo toda literatura es lánguida y pasajera; la humanidad siente, y el romanticismo es el reflejo de sus sentimientos; la humanidad llora y el romanticismo es el arpa eólica que repite todas las modulaciones y las notas de su dolor; la humanidad ríe, y el romanticismo es el intérprete de su alegría.

Hubo un tiempo en que el clasicismo y el romanticismo sostuvieron la más encarnizada controversia, y al clasicismo y al romanticismo podemos considerarlos, señores, como los opuestos polos del mundo literario: el clasicismo es la gravedad, la tumba que encierra el tesoro de lo pasado, y el romanticismo es la atmósfera en que se vive; es la vehemencia, la pasión, el astro cuyos fulgores iluminan el cielo de lo sublime; la gigantesca cnda de luz que quiebra el brillo de sus espumas en las playas de la eternidad, ante el trono de Dios.

Antes de la aparición de *Atala*, imperaba

el romanticismo decadente; el romanticismo, que perdida su vitalidad, se refugia agonizante en los baluartes de la cota y la melena, del ridículo visaje y de la risible exclamación: la decadencia literaria del siglo XVIII se propagaba por el mundo cual funesta lepra; los teatros no eran teatros, eran capillas ardientes donde se exhibía públicamente el mutilado y escarnecido cadáver del arte; el teatro necesitaba regeneradores, y la literatura en general ansiaba nuevos espacios por qué tender las rotas plumas de sus blancas alas: el teatro tuvo á los Moratines y á Jovellanos, y la literatura universal al vizconde de Chateaubriand.

*Atala* fué recibida por el mundo con delirantes vitores; todos la leyeron: desde el magnate hasta el mendigo, y desde la púdica doncella hasta el niño, el poema fué dejando las brillantes huellas de su concepción.

Todos lo conocéis; todos habéis sentido humedecidas vuestras mejillas por las lágrimas, ante los poéticos amores de Chactas y de *Atala*, y habéis leído conmovidos estos hermosísimos fragmentos:

«La luna prestó su pálida antorcha á la vigilia fúnebre, y en medio de la noche se levantó como una blanca sombra que venía á llorar sobre el feretro de una compañera. No tardó en extenderse por los bosques ese gran secreto de melancolía que con tanto gusto descubre sólo á las añosas encinas y á las antiguas playas de los mares. De tiempo en tiempo el religioso bañaba un ramo florido en agua consagrada, y sacudiéndole después, perfumaba la noche con aromas celestiales, otras veces repetía con tono anticuado algunos versos de un poeta llamado Job, y decía:—Pasé como una flor, y me he secado como la yerba de los campos. ¿Por qué le ha sido concedida la luz al miserable y la vida á los que padecen amargura de corazón?» ó bien recordaréis el pasaje en que Chactas camina á la abierta fosa seguido del misionero y llevando sobre sus hombros el cadáver de la mujer amada, cuya larga cabellera, juguete de vienteillo de la mañana, extendía un velo de oro sobre sus ojos.

*Atala* es la epopeya del romanticismo moderno, el poema del amor, la personificación de la belleza y la pasión: la demostración del genio por medio de la sencillez.

*Atala* tiene un compañero inseparable, el *René*; y *Atala* y *René* marcharán siempre unidos, á la consumación de los siglos, porque parecen ser las partes de un todo misterioso.

*René* es un poema en cuyo fondo, un tanto escéptico; se adivina algo de ciertas intimidades del alma de su autor; es la única obra en la que Chateaubriand imbuje su personalidad; es el poema en que Lord Byron se inspiró para escribir los cantos del *Childe-Harold*; no diré que el bardo inglés haya imitado la creación del escritor francés, no, pero si leéis el *René* y tras éste el *Childe-Harold*, notaréis allá, en su fondo, imágenes un tanto parecidas, semejanzas muy leves, muy nebulosas, algo así parecido á las constelaciones que, aunque muy distintas, se agrupan en el espacio azul de un mismo cielo: el tipo de *Amelia* es una creación, y el conjunto del poema se asemeja á una lluvia de perlas, caída sobre negro manto de terciopelo.

*Los Mártires* es el poema de la sublimidad, el desposorio de lo ideal y lo bello: Eudoro y Cimodocea, amándose entre los misterios de las selvas; cruzando unidos por el imán de una pasión, las borrascas de la vida, y muriendo luego por una misma fe bajo las garras de los tigres del circo imperial; completan el conjunto más bello de la más bella de las creaciones, *El Último Abencerraje*, parece el gemido de un pueblo proscrito; *Los Cuatro Estuardos*, nos enseña la época de horrores de Inglaterra, la ambición de Cronwell y la muerte de Carlos I.

Las *Misceláneas Políticas*, el *Itinerario de París á Jersusalén*, los *Viajes por Italia y América*, los *Estudios Históricos*, las *Opiniones y Discursos* y *Las Memorias de Ultratumba*, completan la aureola de gloria del insigne rival de Napoleón.

Ahora, señores, que hemos abarcado de

una sola ojeada el conjunto de las obras de Chateaubriand, entremos en las consideraciones acerca de la posibilidad imitativa en dicho autor.

Chateaubriand no es como Shakespeare y Byron; la imitación aquí es conveniente y provechosa, por las siguientes razones:

El estilo de Chateaubriand es sencillísimo; la base de sus escritos es casi siempre la ciencia; sus imágenes bellas y originales; la imitación la puede hacer aquel que posea un tesoro de conocimientos y una facilidad en la dicción. Hay que advertir que esta imitación no puede extenderse á las imágenes, porque entonces de imitador se pasará á plagario, y porque las imágenes poéticas, como he dicho antes, tienen que ser originales para que tengan vida: Si Shakespeare, Byron y Chateaubriand hubiesen encerrado su inspiración en los viejos moldes, no hubiesen llegado hasta nosotros sus asombrosas creaciones.

El joven que dedica su tiempo al estudio de las letras, debe tener siempre á mano las obras de Chateaubriand, como una enciclopedia que puede desvanecer sus dudas y enseñarle muchísimo.

Es muy fácil escribir trágicamente:—La sangre me ahoga en gigantesca ola; los estallidos de mis sienes me anuncian las tempestades de mi alma—pero es muy difícil decir con sencillez: «¡Desgraciada la vejez, porque todo lo sabe! ¡Dichosa la infancia, porque todo lo ignora!» «¡Los placeres de nuestra juventud, reproducidos por nuestra memoria, se asemejan á unas ruinas vistas á una luz artificial.» «Hay una edad en que, algunos meses añadidos á la vida, bastan para desarrollar facultades sepultadas hasta entonces en un corazón medio cerrado: nos acostamos niños, y despertamos hombres.»

¿Está la imitación en alguna de sus obras en particular? No; está en todas, como la luz del sol que lo alumbraba todo: como la vida que germina hasta el átomo más leve.

Byron dejó en sus obras mares de hielo Shakespeare tesoros de grandezas: Chateaubriand abre con sus libros una senda hermosa á la juventud: forma con ellos una escalera magnífica, por la cual, á pie firme, se llega á la cumbre del monte donde posa su disco de oro el omnipotente sol de la inmortalidad.

Shakespeare, Byron y Chateaubriand conmovieron al mundo de muy distinta manera y de muy distinto modo, se dibujan sus siluetas en los cielos de su gloria: Shakespeare acumulando tesoros de inspiración y grandeza y revistiéndolos de esplendentes ropajes, fundó el teatro inglés: Byron, llevando en el alma la desesperación y en la mente la eterna duda escandalizó á su patria con sus vicios é hizo resonar en el mundo ¡los desgarradores ayes de su tremenda agonía, y Chateaubriand asombró á la humanidad con su obra de restauración.

Shakespeare se levanta á través de los siglos, revestido de esplendentes destellos sobre el pedestal formado por cetros, laureles, pedrerías, coronas y jaspes, levantado por la admiración de las generaciones. Byron aparece con la risa de la amargura en los labios y la copa del placer entre los crispados dedos, sosteniéndose delirante sobre un charco inmenso cuyos lodos arrastran entre sus ondas cenagosas los despojos de los festines, y en cuyos bordes se detiene la humanidad atónita para contemplar la eterna agonía del genio, y Chateaubriand surge del fragor de los combates como la azulada llama que se enciende en las regiones de la muerte y vuela en alas de los vientos: como el médico que acude á aniquilar los pestíferos gérmenes de una epidemia desoladora.

La imposibilidad imitativa escuda las obras de Shakespeare y Byron, mientras Chateaubriand parece decir á la juventud, mostrándola la senda que trazó: «Entra y no temas.»

He terminado, señores: si no he cumplido con lo propuesto; si mis torpes palabras no han podido desarrollar el tema que mi atrevimiento eligió y esta oración os ha parecido indigna de vuestra ilustrada opinión, os suplico me perdonéis, dándoos las más sinceras gra-

cias por la atención que me habéis dispensado.—He dicho.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

## COSAS DEL AMOR

A MARIANO URRUTIA

I

La señora de Vierzo no conocía al inquilino del segundo interior. El portero le había mostrado la habitación, el portero le entregó el contrato para que lo firmase, el portero cobraba las mensualidades del arriendo y con el portero se entendía en todo y por todo.

La señora de Vierzo no quería ni aun dejarse ver de los inquilinos de los cuartos interiores, y aun con los del exterior guardaba ceremonias y reservas: esta conducta entraba en los propósitos que, como dueña de la casa y como mujer ordenada y prudente, se había formado.

La amistad ó el trato con los inquilinos podía dar lugar á los abusos de éstos.

Al inquilino del segundo interior le sentía bajar todas las mañanas á la misma hora; oía golpe tras golpe sus pasos á través del tabique del oratorio, que daba á la escalera interior; esta exactitud, semejante á la que Magdalena guardaba poniéndose á rezar siempre á las cinco de la mañana en punto, hizo que preguntase al portero quién era el vecino que madrugaba tanto.

—Es el inquilino del segundo interior, replicaba el portero.

La ventana del oratorio tenía preciosas pinturas en los cristales, daba á un patio y caía en frente, y un poco más abajo de las ventanas del cuarto segundo interior; desde éste se veía el órgano expresivo, la hermosa lámpara de plata, el reclinatorio de la señora y la mesa del altar, cubierta por una sabanilla blanca y bordado, y adornada de flores de porcelana y candelabros de plata.

Desde el oratorio sólo se veían los visillos de las ventanas del referido cuarto, recogidos á uno y otro lado por cintitas azules; eran dos: la del comedor y la de una alcoba estucada.

Doña Magdalena de Vierzo, como la llamaba el Sr. Lucas, el portero, jamás se asomaba á los patios; por la mañana leía ó cosía en el mirador de cristales que daba al jardín; el sol alegraba con sus rayos aquel lugar; una multitud de jilgueros y canarios presos en sus jaulas piaba y gorjeaba regocijada.

Era la señora de Vierzo una mujer entrada en años, gruesa, de rostro grave, afable á veces; vestía con severidad y elegancia, y desde la muerte de su marido vivía recogida ocupándose en dirigir sus negocios terrenales y arreglar sus cuentas con el cielo, rindiendo devota el diario tributo de sus oraciones; reñía poco á los criados, y estaba siempre dominada por una íntima melancolía; no había tenido hijos, y su afecto estaba repartido entre los pajarillos del mirador, las flores del jardín, y tres ó cuatro perrillos de lanas, blancos y negros, que arrastrando casi sus barrigas seguían á la señora por toda la casa, tomaban el sol echados á sus pies en el mirador, ó acometían á las personas extrañas, dando ladridos agudos y amenazadores.

Terry, Pinta, Morito y Caparuz.

II.

El inquilino del segundo interior llamábase Mariano Lezo; era popularísimo en Madrid, sus dibujos habían acreditado su nombre.

Mariano contaba treinta años de edad, era alto, bien formado y de fisonomía inteligente; ni esto ni su fama impedían que fuera desgraciado: era pobre, y tenía motivos más que sobrados para considerarse infeliz; á pesar de su fama, los dibujos caricaturas (esta era su especialidad) no le producían mucho, y apenas si podía con esto y con lo que ganaba en un

modesto empleo oficial, sacar adelante á su familia.

Vestía el mismo traje desde hacía más de dos años, no variando su ropa de invierno á verano si no en el paletot con que por el invierno se cubría; su sombrero estaba ya rugoso, el agua le endurecía, el polvo le daba un tinte gris, el sol hacía resaltar á la vista grietas y quebraduras; sus botas bebían tinta por no reirse, y á pesar de esto se reían: era, en fin, un sujeto de esos á los cuales suelen mirar con recelo los porteros al verlos entrar en la casa, y dudan si han de preguntarles ó no á qué cuarto se dirigen.

Madrugaba por traer la leche para el desayuno. Pasaba fuera de casa algunas horas del día, y jamás salía de noche.

Siempre inquieto, siempre triste, pero revelando en su fisonomía una bondad angelical.

En aquel estrecho cuartito segundo interior, compuesto de cuatro habitaciones y una cocina, se oían á veces risas, menudas pisadas y la alegre algarabía que suelen armar los niños: coro singular que responde al de los pajarillos.

Lo que no sabía la dueña de la casa era que el inquilino del segundo interior volvía á las seis y media con un jarrito y un papelón de bollos; abría la puerta, entraba en el gabinete, y allí era esperado por tres niños, de tres años y medio el mayor, y todos despiertos, sentaditos en una gran cama de matrimonio, charlando y jugando, le esperaban.

A aquel grupo le llamaba Mariano «La pollada.»

En el fogoncillo de la cocina había ya encendido el fuego para calentar el café y la leche una mujercilla de nueve años. Mariano se había quedado viudo; aquella niña era hija de su mujer y hermana de uno de los niños por parte de padre y madre, hermana de los otros dos por parte de madre solamente: á Mariano le parecían iguales todos, todos eran sus hijos, él era la única persona que tenían en el mundo.

Conchita, Manolín, Juan y Federico.

El los calzaba, los vestía, los lavaba, los servía el desayuno: iban pasando sucesivamente á sus manos, y con la toalla mojada en agua de jabón les hacía la *toilette*, ya amagando reñir é impacientarse, ora dulcificando la voz, atendiendo á este, riñendo al otro, pronunciando discursos á todos; á veces sirviéndose de una política llena de promesas, á veces de otra preñada de amenazas: difícil gobierno.

Cuando los niños almorzaban, aquel hombre se vestía, y dando besos á todos y repitiendo mil advertencias á la mamá de nueve años, salir diciendo:

—Hasta luego ¿he? seréis buenos ¿he? y partía.

A las once todos le recibían con los brazos abiertos; de un figón cercano traían el almuerzo un pinche y todos comían «el puchete» por las tardes Mariano al volver de la oficina, sacaba á toda su tropa á paseo.

A pesar de esto, no conocía la casera al inquilino del segundo interior.

—No diga usted á la dueña que tengo tantos chiclelos, había dicho Mariano al portero; cuando vea que no meten bulla... nos tolerará.

### III

—¡Vaya! ¡vaya! es cosa singular, créame usted. Créo que si no me da la gana de asomarme á las ventanas del oratorio... jamás llegó á verlos... pero me asomé y ví juntas sus cabezitas, apareciendo por la ventana del segundo... ¡la verdad, me chocó! temí que se me hubiera colado en la casa, lo que más temo, un colegio, y cuando me lo digeron quedé asombrada. ¿Todos son de usted? Preguntaba á Mariano la señora de Vierzo.

—Todos... es decir, dos eran hijos de mi pobre mujer. ¡Oh! señora, me veo y me deseo con ellos, dijo el pintor, á quien miraban recelosos y envidiosos los perritos de la señora,

y á quien parecían animar con su bullicioso gorjeo los pajarillos pel mirador.

—Sí, señora, me veo y me deseo. No había de echarlos á un hospicio, ni había de meter en casa mujer alguna, de la que me enamorase, que los pegara y los hiciera vivir en un infierno. Al principio temía dejarlos solos... pero luego me he ido acostumbrando; les dejo solos pocas horas, vuelvo por la noche, juego con ellos, les pinto figuritas, y jugando les enseño á leer y á escribir... me divierto, señora, me divierto. Tienen ocurrencias peregrinas... Son vivos y listos; si esta casa hubiera tenido un estudio, tal vez ya no tuviera necesidad del empleo... pero... Dios dirá. A no haberme dicho el portero que si quería que retocase uno de los cuadros del oratorio, y á no haber V. visto á los niños, quizá no sabría usted aún que tenía tan malos inquilinos.

—¡Dios mío! ¡Pobrecitos! —exclamó con bondadoso acento Magdalena. ¡Pobrecitos! No los deje V. solos; que bajen al jardín, yo los veré desde aquí... Después de todo, hago una vida tan triste, Sr. Lezo, que esto me alegrará. Vivo en el tedio de un egoísmo obligatorio; que vengan, Sr. Lezo, que vengan.

—Señora, tanta bondad...

No había que decir más; Magdalena les quería ver en el jardín; comerían con ella algunos días, y hasta en la casa podría coserles alguna cosilla la costurera; haciale reír grandemente á la señora la idea de que un hombre hubiera de vestir y arreglar á unos niños. ¡Qué lances tan chistosos ocurrirían con este motivo!

—Nada, Sr. Lezo, dígame V. que aquí les aguarda una amigueta, que verán unos pájaros... el diantre es que estos pícaros perros no están acostumbrados á ver niños... pero como estarán á mi vista, no hay miedo.

—Señora, voy por los niños—dijo Mariano, loco de contento.

### IV

A los tres meses, la niña y dos de los niños vivían con la señora; el mayorcito acompañaba á Mariano á dormir en el segundo interior; Magdalena estaba cambiada parecía sentirse más ágil, más sana, más entretenida y gozosa; poco á poco los niños fueron pasando de protegidos y amigos á sobrinitos ó poco menos.

Los perros correteaban gozosos por los pasillos y el jardín tras los niños: tenían éstos una institutriz, y estaban vestidos como hijos de un gran señor.

Había sido aquello una invasión de locos que trastornaba el silencio, el triste y solemne aspecto de la casa, alborotando á los canarios, excitando á los perrillos y á una vieja cotorra, antes el ídolo de Magdalena.

Una tarde, Mariano, que acababa de entregar á la señora la cantidad que le habían dado por un cuadro, y que con otras iba á la hucha de los niños, decía animado, que contando con la protección de tan buena amiga, creía poder asegurar el porvenir de los niños... pronto... podría marchar á Roma.

—¡Amigo mío! Es V. más niño que los niños, decía Magdalena. Cuenta V. con su arte para tanto... no quiero rebajar el mérito de usted, soy la primera en reconocerlo: pero la victoria es costosa, y no podemos exponer nuestros niños á esa tan insegura fortuna. Va usted á echarse á reír... pero, en fin, lo he pensado bien; antes de marcharse, cásese V...

—¿Casarme? ¿Cómo, señora, y con quién? preguntó asombrado Mariano.

—Conmigo. Así podré ser útil á mis herederos; seré madre de todos.

—¡Oh!... Señora. Vale V. tanto como la mía, exclamó Mariano.

### V

Cierto; Mariano se había casado con una vieja. ¡Loca codicia, ridículo maridaje; á tal extremo conduce la pobreza! Todos sus camaradas censuraban el hecho; pero cuando Mariano se despedía de ellos, en el momento de partir el tren que había de llevarle á Barcelona, y de allí á Italia, les decía:

—Son misterios difíciles de descifrar. ¡Cosas del amor! Y pensaba para sí: del amor de una santa mujer y un pobre diablo á unos ángeles de Dios.

JOSÉ ZAHONERO.

## REVISTA DE MADRID

Noviembre ha sido siempre el mes de los fúnebres recuerdos; pero este año lo ha sido más que nunca.

¡Fúnebre mes!

El mundo físico, como el mundo cristiano, despliega en él todos sus atavíos funerales.

Los vientos del Otoño despejan á árboles y arbustos de su resaca hojarasca; las nieblas enlutan los horizontes, la Naturaleza entera parece próxima á exhalar el último gemido de vida, y envolviéndose en las montañas en el blanco sudario de las nieves, y cerniéndose sobre ella las primeras sombras del invierno, comienza á rodar al abismo de esa muerte aparente, de donde al llegar la florida primavera, ha de resucitar exuberante de vida, rompiendo la losa de hielo que la estación de los frios empieza ya á condensar sobre ella.

¡Mes de las lágrimas y del luto!

Las notas sombrías se han sucedido con una rapidez vertiginosa.

Noviembre justifica su abolengo.

Hoy han de tener gran parte en esta revista las notas tristes, que como en el mundo, en la crónica de lo que en él pasa, las alegrías y los dolores, las luces y las sombras no cesan de mostrar ni por un momento su evidente contraste.

Al fallecimiento del vicealmirante Topete, han sucedido los del Jefe del Estado, del Duque de la Torre y los de otras personas también muy conocidas y apreciadas en esta capital.

La noticia de la mejoría del eminente actor Antonio Vico, es la única nota alegre de este período.

Madrid entero sigue con avidez las alternativas de la enfermedad del actor de más genio que tiene España.

¡Dios le conserve su vida para bien del arte!

\*\*\*

Es de todo punto imposible permanecer indiferente ante el espectáculo aterrador que nos presenta la muerte, que no respeta ni aun la existencia de las grandezas que más alto suben y que más espléndidamente brillan en la tierra.

¡La muerte!

¡Qué cúmulo de reflexiones se desprenden de esta sencillísima exclamación!

El hombre no hace nada en este mundo con tanta facilidad como morir.

El hombre necesita tiempo para todo; tiempo para perder ó ganar un pleito, para alcanzar un destino, para educar é instruir á sus hijos.

Para morir se le basta un sólo momento.

Yo no sé de donde nace el gran temor que todos tenemos á la muerte.

La muerte no es otra cosa que la separación del alma y el cuerpo; nada más sencillo.

La muerte se verifica en el instante mismo en que el espíritu se va y la materia se queda.

Lo que sucede después nadie ha podido averiguarlo todavía.

La muerte es un viaje para el que nunca nos hallamos preparados, sin duda, por lo mucho que nos disgusta tener que emprenderle.

Y, sin embargo, no hay medio de evitarlo; y unos antes y otros después, todos tenemos que hacer ese terrible viaje.

Cada uno de los mortales no hace otra cosa en este mundo que esperar á que le *llegue su hora*.

No puede haber felicidad comparable á la de que, cuando *llegue esta hora*, que en las lágrimas que recibamos sobre nuestras frias cenizas, en las bendiciones de nuestro pueblo, en el desconsuelo de nuestra familia, en el dolor intenso de nuestros amigos, en las puras oraciones que acompañen nuestro último suspiro exhaladas por los labios del pobre y del desgraciado, se demuestre que hemos vivido más para el bien que para otra cosa.

Después de todo, cuando se considera lo breve de

la vida, lo incierto de la suerte, lo pasajera que es la felicidad, lo perdurable que es el dolor, el ánimo siente y conoce que sólo la virtud es inmortal, y que nada vale una alta inteligencia, un poderoso genio si se encierra en una vida manchada, en una organización que se deja llevar de la fatalidad de sus instintos; en un corazón corrompido y vicioso.

Si la inteligencia, esa luz del cielo se pierde en el lodo de la tierra, lejos de iluminar la vida, la hace más oscura y más triste.

Por eso débense estimar en poco los grandes talentos cuando no van acompañados de grandes virtudes, y entre el talento y la virtud la elección no es dudosa.

La vida es tan sólo la realización de nuestras facultades, la actividad de nuestro ser, la encarnación de todas nuestras ideas, la sucesiva y gradual forma que va tomando nuestro espíritu para manifestarse en el tiempo; pero su único objeto debe ser el bien, y así sólo puede decirse que ha vivido en la tierra el que ha vivido virtuosamente teniendo á Dios por padre, y por hermanos á los hombres.

El que así ha vivido, el que ha buscado la verdad, el que ha hecho el bien por ser bien, sin mezcla de interés, cuando sus días están contados, cuando baja al sepulcro, en esa hora sublime en que la organización se descompone y vuelve al hogar de la materia, empieza á vivir verdaderamente, encontrando allende la muerte la realidad plena de su espíritu, la visión perfecta de Dios, y en Dios la verdad y el bien, cuya esencia misteriosa, cuya realidad completa en vano ha pedido á la tierra.

Cuando un hombre ha pasado por la tierra haciendo bien; cuando ha cumplido todos sus deberes; cuando ha consolado á los desgraciados y ha socorrido á

los pobres; cuando ha realizado el ideal de justicia que escribió Dios indeleblemente en la conciencia humana, no muere, porque en la tierra vive en las lágrimas, en los recuerdos, en las oraciones de los que le aman; y vive en el cielo y recibe de la mano de Dios el premio de sus virtudes, viendo la realidad plena del bien y de la verdad y velando por los que en esta vida han amado.

\* \* \*

Después de haber reflexionado sobre una de las materias más áridas y desagradables á nuestra sociedad, cual es la de la muerte, vamos á trasladarnos á las regiones del arte musical, de ese arte incomparable que posee el secreto maravilloso para endulzar todos los dolores y bálsamo para curar todas las heridas.

Hablemos de los artistas que siembran de rosas el áspero, largo y trabajoso camino de la vida; de los que nos descubren y enseñan desde lejos las riberas de nuestra patria que se ocultan entre los árboles del firmamento, y de los que son la armonía de todas las armonías.

Al oír cantar á Uetam la importantísima parte de *Rertramo en Roberto il Diavolo*, ocurriéndonos ocuparnos de él en esta REVISTA.

La voz extensa y flexible, de timbre pastoso y expresivo, clara, igual y exuberante, de ardor juvenil de nuestro compatriota, su fraseo elegante y desembarazado, su dicción clara y acción dramática variada, llena de animación y de detalles, le deparan siempre que canta uno de esos triunfos que difícilmente se olvidan, con acompañamiento obligado de bravos, interrupciones, entusiastas aplausos é interminables llamadas á la escena.

Uetam es indudablemente el digno sucesor del incomparable Selva.

Jamás se vió opinión tan unánime tratándose de un artista español.

Uetam ha llegado ya al apogeo de su gloria, y se disputan su concurso todos los empresarios de Europa y América que pueden satisfacerle el crecido estipendio que exige. Y esta reputación es justísima, porque el talento artístico del célebre cantante interpreta con igual perfección y con el debido carácter todos los personajes de su vastísimo repertorio.

Tan grande, tan colosal se muestra en la parte de *Mefistófeles del Fausto*, como en la de *Giorgio de los Puritanos*, tan inspirado en la del Cardenal de la *Ebrez* como en la de *Marcello de los Hugonotes*; su prodigioso órgano vocal lo mismo fulmina la sublime maldición de *Brabanzio* y el terrible anatema de *Oroveso*, que se adapta á las exigencias del canto rossiniano en la maravillosa aria de la *calumnia*.

Canta con suma delicadeza, gusto y expresión; bocaliza de un modo admirable y arrastrado en alas de su poderoso genio, vierten sus labios frases sublimes, llenas de inspiración é impregnadas del más exquisito sentimiento.

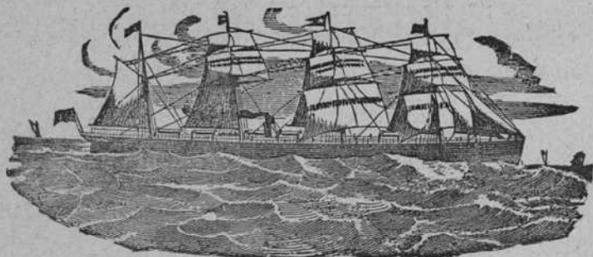
Uetam es en los momentos actuales, la preocupación del dilettantismo madrileño, y señala una época brillante para el arte que con tanto talento profesa y para la patria cuyos dulces halagos saborea.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

MADRID: 1885

Imprenta de Ulpiano Gómez, Cabeza, 36, bajo.

## ANUNCIOS

SERVICIOS  
DE LA

### COMPANÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,  
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimesitales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Saïd, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 2 Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques. Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

## EL PROGRESO EN 1885

### QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomoño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

### LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscriptores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscriptores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirigen á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

## BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rev.

1.ª *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loreístas. (En los primeros volúmenes se publica: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en boletines tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

## COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

## GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

## DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO

DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscriptores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Maetin, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 31